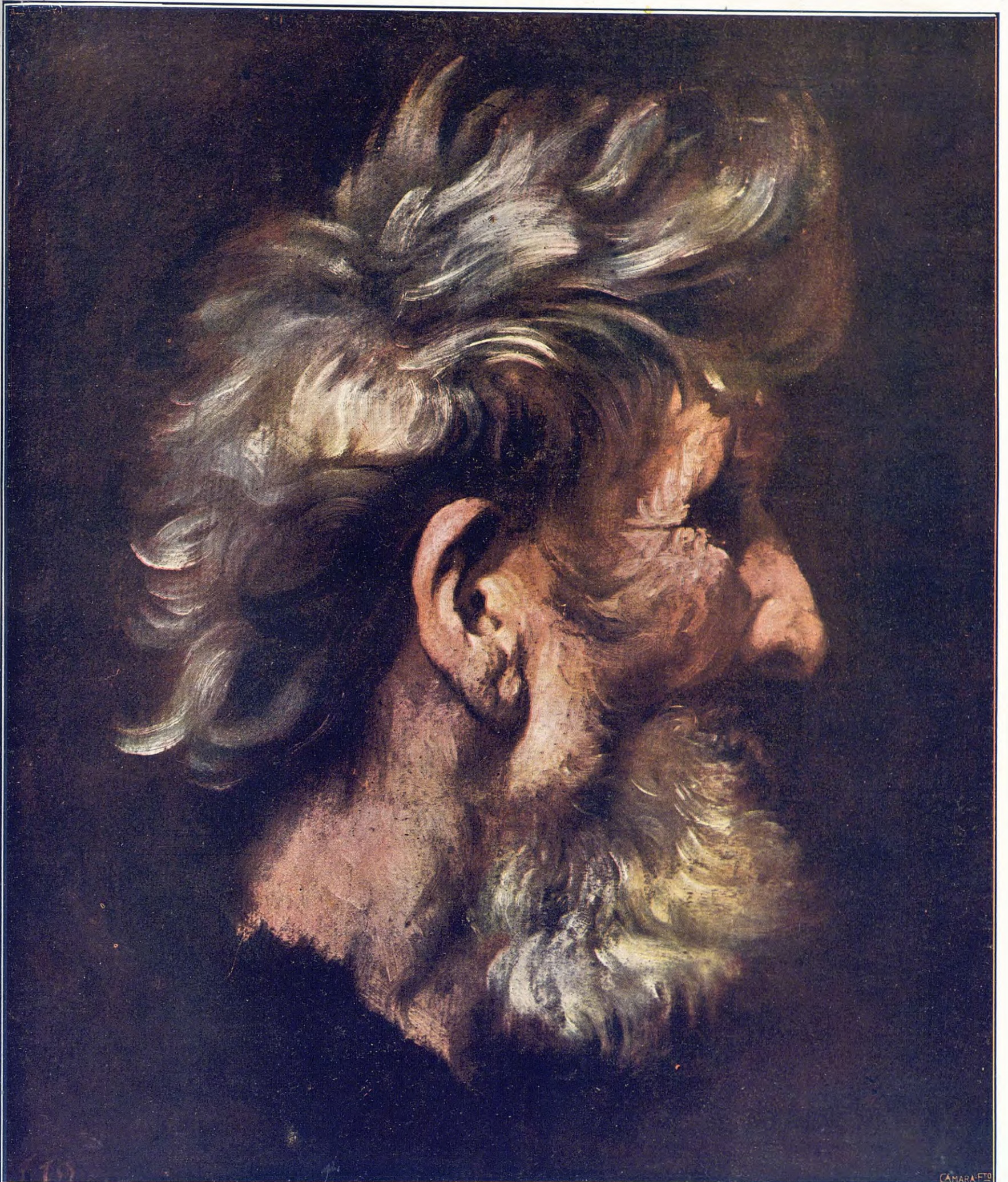


La Esfera

22 Julio 1916

Año III.—Núm. 134

ILUSTRACION MUNDIAL



CABEZA DE VIEJO, estudio de Rubens (Museo del Prado)

CÁMARA FOTO

MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

X

PROMEDIABA el 1891 cuando yo escribía las últimas páginas de *Angel Guerra*. Con ardor infatigable acometí luego *Torquemada en la Cruz*. No lo expreso con seguridad porque en este punto flaquea mi memoria. Esa pícaro facultad, á quien he dado en llamar mi Ninfa, escapaba de mi lado en las ocasiones en que más la necesitaba, pero un día pude atraparla y dije: «esta es la mía». Con una cadenita de palabras capciosas la sujeté á mi cerebro. Andando días díjome la Ninfa que bien podríamos salir del círculo estrecho de la literatura novelesca para probar fortuna en el arte teatral... Ya sé lo que vas á contestarme, que en mi juventud me entusiasmaba la forma dramática, y que esta afición la exterioricé en diferentes tentativas de comedias y dramas, pero desengañado de que Dios no me llamaba por aquel áspero camino, rompí todos mis papeles y no volví á cuidarme de que había escenarios en el mundo. Quedó mi Ninfa meditando al oír esto, y después de corto silencio, habló así: «Soy tu Memoria, y como tal, téngome por el mejor testigo de tu labor literaria en la edad juvenil. En la presente, no ceso de oír que debieras escribir alguna obra de teatro, ó por lo menos dar estructura teatral á ciertas novelas tuyas, que ya llevan la ventaja de estar dialogadas, como *Realidad*.»

Respondí yo que era distinto el dialogismo novelesco del teatral, pero ello fué que oyendo á mi Ninfa quedé meditando. No tardaron en llegar á mi oído iguales apreciaciones, que si por un lado me lisonjaban por otro me inspiraban temor, pues si en los escenarios algunos autores obtienen ruidosos triunfos, otros resbalan y sufren mortal caída.

En aquel tiempo yo no frecuentaba el teatro; de noche no iba nunca, de tarde alguna vez, prefiriendo la Comedia por ser muy de mi gusto la compañía de Emilio Mario. Una tarde, estando yo en el vestíbulo del teatro, entró Mario, y presuroso me dijo: «No me detengo, D. Benito, porque voy á vestirme... Tengo que hablar con usted; hágame el favor de subir al saloncillo en cualquier entreacto.»

Pues, Señor... Mario me salió con la misma cantata. Le habíam dicho que *Realidad*, novela, podía ser *Realidad*, drama. El creía lo mismo. Como empresario y como amigo me suplicaba que pusiese manos á la obra, si no para la actual temporada para la próxima. Mientras yo tanteaba el asunto, supe que en la compañía de la Comedia había ocurrido un cambio radical. «Explícanos —dije á mi Ninfa— qué cómicos

abandonaron la Comedia y quiénes vinieron á sustituirles.»

Habla la Ninfa: «Maestro, no me pidas fechas porque en eso soy poco fuerte. Los cómicos en España, como en todas partes, van y vienen de unas compañías á otras. En la Comedia estaba Vico muy considerado y bienquisto, y de la noche á la mañana se marchó con su sobrino Antonio Perrin. Tras él se fué Carmen Cobeña.

bridad. Con estas figuras y las que ya tenía, inauguró Mario felizmente su temporada en el otoño del 91, anunciando, entre otros estrenos, el de *Realidad*.

A María Guerrero yo no la conocía más que de nombre. Por primera vez la ví una tarde en la Comedia representando la dama de *Felipe Derblay—Le Maître des Forges*—función que se daba para redimir de quintas á un hijo del actor Montenegro. La voz, el gesto y la prestancia de la actriz, me encantaron. Pasados algunos días, la ví ensayando *El obstáculo*, de Daudet, primer estreno de la temporada. Confundida entre las demás actrices, no me pareció la misma que yo había visto en la representación de *Felipe Derblay*. Vestía de negro, y cubría su cabeza con un honguito igual á los que usábamos los hombres. Me fijé en su tez morena y descolorida; fijéme asimismo en su limpia pronunciación, cualidad en la cual no hubo ni hay quien la iguale. En uno de los ensayos de *El obstáculo*, Mario me presentó á ella, y reunidos en un palco, María Guerrero me habló de *Realidad*, que ya conocía en la novela, antes de estudiarla en el drama. Entonces advertí en ella otra cualidad preeminente: la memoria. Con una sola lectura se apodera de un asunto y de un carácter, y le basta una simple audición ante el apuntador en la mesa de ensayos para dominar su papel.

Levóse al fin *Realidad*, y fué repartida en esta forma: Augusta, María Guerrero; La Peri, Julia Martínez; Orozco, Cepillo; Federico Viera, Thuillier; Joaquín Viera, Emilio Mario; Manolo Infante, García Ortega; Malibrán, Balaguer; etc. Los ensayos duraron un mes largo. La dirección escénica se entretuvo días y noches preparando por diferentes sistemas la aparición del espectro de Federico Viera en la última escena de la obra. Por fin, se adoptó una combinación de espejos análoga al artificio llamado *La cabeza par-*

lante. Al manipulador de esta habilidad, lo llamaba Mario *El mágico de astrakán*. De madrugada, después de la función, nos ocupábamos en ensayar una y mil veces el *truco* del espectro que al fin obtuvo el *visto bueno* de los curiosos que lo presenciaban, no sin discrepancias, pues la unanimidad de pareceres jamás se realiza en cosas de teatro. El 15 de Marzo se estrenó la obra; fué una noche solemne, inolvidable para mí. Entre bastidores asistí á la representación, en completa tranquilidad de espíritu, pues en aquellos tiempos yo ignoraba los peligros del teatro. Años después, conocedor de las veleidades del público, siempre que estrenaba una obra, me metía en el sitio más retirado del teatro, donde



La insigne actriz María Guerrero, cuando estrenó "La de San Quintín", de Pérez Galdós

Apenas separados, dividiéronse nuevamente. Pasados no sé cuántos meses, Vico y su sobrino estrenaban con María Tubau el drama de Sardou *Terminador*, y la Cobeña se agregó á la compañía de Ricardo Calvo y Donato Jiménez, que al poco tiempo apareció en el Principal de Valencia... Mario, ansioso de llenar prontamente el vacío que aquellos artistas dejaron en su teatro, trajo á María Guerrero, cuyo precoz talento se había manifestado en diferentes obras y singularmente en la *Doña Inés*, del Tenorio, y á Miguel Cepillo, actor ya consagrado por sus extraordinarias cualidades. A estos valiosos elementos añadió un joven todavía desconocido, Emilio Thuillier, que no tardó en adquirir cele-



Tipo del Valle de Ansó (Aragón)



Tipo del Valle de Ansó (Aragón)

no pudiera emergerme de lo que ocurría en el escenario. La noche de *Realidad*; el público, tan numeroso como selecto, oyó la obra con benevolencia en casi todas las escenas, y en algunas con verdadero calor y entusiasmo. Muy celebradas fueron María Guerrero en el papel de Augusta y Julia Martínez en el de la Peri. Mario hizo el Joaquín Viera con exquisito donaire y propiedad; Cepillo expresó de un modo perfecto la grandeza moral del personaje; y Thuillier se reveló ya como uno de los grandes actores de nuestro tiempo. De los críticos nada diré: Todo el mundo sabe que los escritores que juzgan las obras en el instante de su nacimiento ó de su estreno, viven por largos años adscritos á un periódico ó á una empresa teatral. La inamovilidad que disfrutan, les mueve á ejercer una especie de dictadura. Sus juicios vienen á ser como sentencias dogmáticas. En muchos casos son dichos señores insufribles por su presunción de definidores lacónicos é inapelables. Con *Realidad* fueron benévolo y corteses; cada cual dijo lo que le dictaba la conveniencia del momento. Entre las diversas críticas no hubo ninguna que profundizase en el asunto y caracteres del drama juzgado. Todas cayeron en el olvido antes que la obra. La crítica de las obras de teatro en España no ha coincidido todavía con el nacimiento de las obras. Las que contra viento y marea sobreviven veinte ó más años á su estreno, son las que pueden obtener una sanción relativamente duradera. El buen éxito de *Realidad* me movió á una nueva tentativa para el año siguiente, cediendo á las instancias de Mario y María Guerrero. La temporada del 92 y 93 fué brillantísima para la Comedia, porque en ella estrenaron *Mariana*, con éxito de los más resonantes. Al siguiente día de este estreno, que fué el 4 de Diciembre, se leyó *La loca de la casa*. La experiencia de *Realidad* no me enseñó á calcular las dimensiones de la obra dramática. *La loca* resultó tan desafortunadamente larga, que tardamos dos días en leerla. Desde los primeros días empezamos á dar tajos y mandobles para que quedara en razonables proporciones. Asistió á todos los ensayos, sin perder día, D. José Echegaray. No hay para qué decir cuán honrado me sentía yo con la presencia del insigne dramaturgo y cuánto me halagaba la constante atención que en la obra ponía, animando á los actores y á mí con sus atinadas apreciaciones. Muy avanzado ya el mes de Enero, la obra estaba dominada, mas yo notaba que algo flaqueaba en ella. Efectivamente, una tarde, estando solos conmigo María Guerrero y Mario, dijéronme que el final debiera reformarse para que el éxito que esperaban fuera redondo y definitivo. De tal opinión participaba, según me dijeron, D. José Echegaray. Vacilé al principio, medité después, y de pronto decidí escribir

otro final. Dicho y hecho. En una noche hice de nuevo la escena final, encomendada exclusivamente á las dos figuras de Victoria y Pepet. Al día siguiente, domingo por la mañana, se ensayó la escena por María Guerrero y Cepillo, repitiéndola como unas doscientas veces, y el próximo 21 se estrenó la obra sin ningún tropiezo. El éxito fué muy bueno, descolando María Guerrero entre las actrices, y entre todos Cepillo, que encarnó el Pepet de una manera maravillosa. La crítica anduvo aturrida y desorientada; ni en la censura ni en el aplauso supieron los críticos lo que decían, ni acertaron á formular una opinión terminante. Han pasado veintitrés años sobre esta obra, y hoy la vemos más fuerte y robusta que en los días de su estreno. Todas las actrices españolas han hecho la Victoria y todos los actores el Pepet.

Amada Ninfa: ayúdame tú ahora. Para que mis fieles lectores sepan que en el bullicio teatral no olvidaba yo la plácida y silenciosa novela, díles que ensayando *La loca de la casa* escribíamos *Tristana*, y *Torquemada en la Cruz* fué escrita cuando trazábamos el argumento de *La de San Quintín*. Esta comedia fué entregada á Emilio Mario y leída por María Guerrero en Octubre ó Noviembre del 92. Estrenada el 25 de Enero del 93, fué el éxito más brillante y ruidoso que hasta entonces tuve en el teatro. La novedad de la fabricación de rosquillas ante el público y el simbolismo social que esta escena y las demás encierran, fué muy del agrado del respetable... Prodigiosa se mostró María Guerrero en la Duquesa de San Quintín, gran señora, á quien los reveses de fortuna obligan á desdorar su prosapia en los quehaceres domésticos. No menos feliz estuvo Emilio Thuillier en su situación culminante, cuando caído en la impersonalidad social se levanta gallardamente con el esfuerzo de su voluntad poderosa y de una pasión romántica. Cepillo en la parte de D. César, Cirera en el patriarca Buendía, García Ortega en el Marqués de Talfán, y los demás artistas, contribuyeron á que *La de San Quintín* durara en el cartel cincuenta noches.

Continuemos nuestra historia, Ninfa mía. No es preciso que me recuerdes las obras que estrenó María Guerrero al final de aquella temporada. Una de las más nombradas fué *La Dolores*; pero como esto no es de nuestra incumbencia, cuéntale al pío lector la febril inquietud en que me puso la obra que proyecté para el año siguiente. Era un drama que debía desarrollarse en un país y ambiente medioevales, el valle de Ansó, situado en el alto Aragón, en vericuetos, que se dan de trompicones con la frontera francesa. Bien conocidas son en Madrid las ansoñanas ó *chesas*; se las ve por esas calles vestidas con un traje pintoresco, vendiendo un hierbajo que llaman té. Ansó es país de contrabando; el terreno muy áspero; los hombres son fornidos, atléticos; las mujeres gallardas, ágiles, de sutiles movimientos. La obra que con tales figuras pensaba yo escribir, debía titularse *Los condenados*. Al imaginarla, ardía en deseos de visitar aquel país ¿pero cómo? Me parecía tan extraviado y lejano cual Polonia ó Escandinavia. En estas perplejidades me deparó la suerte un amigo, natural de Jaca, el cual me dijo que el viaje era facilísimo y que él me llevaría en coche desde su pueblo á las proximidades de la villa

pirenaica y misteriosa. Salimos de Jaca mi amigo y yo una mañanita en carreta tirada por cuatro caballos, y recorriendo un país de lozana vegetación pasamos muy cerca de San Juan de la Peña, cuna de la nacionalidad aragonesa, y después de medio día llegamos á un lugar llamado Biniés, donde mi amigo mandó hacer alto para que yo admirase un soberbio nogal, que era, sin disputa, el más colosal que en España existía. En efecto; visto el árbol de lejos, parecía un monte; por entre malezas y casuchas penetramos en aquella espesura, y al llegar al tronco, quedamos absortos ante la inmensa bóveda del verde y opulento ramaje. Imposible calcular los millones de nueces que pendían sobre nuestras cabezas. Hubiera yo deseado permanecer allí largo rato gozando en la contemplación de aquella maravilla, pero el descanso para los viajeros y las caballerías había de ser más adelante en un sitio llamado *La Pardina*, donde nos tenían preparada la comida para nosotros y el pienso para el ganado. Emprendimos la marcha por la empinada carretera que culebrea á la orilla derecha del Veral. Reposamos una hora y luego seguimos nuestro camino extasiados ante el magnífico espectáculo que por todas partes se nos ofrecía. Aquí espesas masas de vegetación, allá ingentes rocas; en el fondo el río, á trechos turbado por cascadas espumosas, á trechos manso, permitiendo ver en su cristal las plateadas truchas. A medida que avanzábamos, el paisaje era más grandioso y los picachos más imponentes por su extraña forma y aterradora grandeza. Tras larga caminata llegamos á un sitio donde terminaba la carretera. Mi amigo me dijo: «De aquí no podemos seguir porque la carretera no está terminada: Los dos kilómetros que nos faltan para llegar á Ansó, tenemos que recorrerlos á pie». Miré yo hacia arriba y ví las casas de la villa. Como por ninguna parte distinguieron mis ojos alma viviente, creí que estábamos en un país desierto. Por último, al llegar á las primeras casas del pueblo, mi amigo, viendo mi estupefacción ante tal soledad, me dijo: «Todo el pueblo debe estar reunido en la plaza. Un rumor que llega á mis oídos me dice que en la plaza está la cuadrilla de titiriteros que estos días recorre todo el país.» Entremos. En efecto; penetramos en las calles desiertas por entre casas altas, negras, ahumadas, y al llegar á la plaza quedé alelado viendo los grupos de *chesas* con sus trajes verdes, unas sentadas, otras en pie, y oí el alegre vocerío que en la multitud producía el gracioso espectáculo de los titiriteros. Mi amigo empezó á llamar á voces por sus nombres á hembras y varones, y yo exclamé gozoso: «¡Ya me veo frente á mis *Condenados*! Estamos en el siglo XIV.»



María Guerrero, María Cancio, Conchita Ruiz y Emilio Thuillier en una escena de "La de San Quintín"

LA ESFERA

ARTE CONTEMPORÁNEO



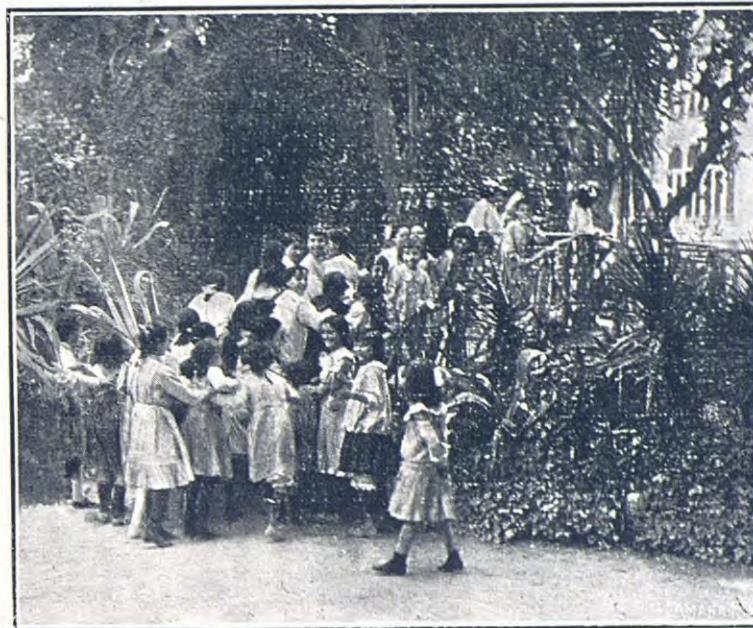
UNA "BOTADURA"

Cuadro de Martínez-Cubells y Ruiz

DE LA VIDA QUE PASA
GRABADOS



Clase de aritmética en la Escuela al aire libre de la Glorieta de Valencia



Las niñas de la Escuela de la Glorieta, durante la hora de recreo

UNA revista suiza, de enseñanza, llegada recientemente á mi poder, trae, entre otros grabados que prueban los grandes adelantos pedagógicos de aquella nación, uno en el cual se nos presenta á los niños de las escuelas públicas, realizando ejercicios gimnásticos.

No es en locales cerrados, donde los ejercicios gimnásticos se verifican por los alumnos de las escuelas suizas. Esto de los locales cerrados, queda exclusivamente para los días en que nieves, vientos ó lluvias, dificultan los trabajos al aire libre.

Los demás días, los escolares se dirigen al campo acompañados de sus profesores de Gimnasia, llevando pendiente del brazo una silla plegable de reducidas proporciones; dentro de la silla va el traje de faena, que no precisa por su volumen estuche mayor.

La silla—un taburetito de lona—sirve para que los niños descansen durante los paréntesis de ejercicio á ejercicio. El traje gimnástico se reduce á un ligero y corto calzón. El resto del cuerpo queda en pleno desnudo para que los músculos adquieran flexibilidad y vigor sin trabas de ninguna especie. Hay pocos aparatos gimnásticos, los de fácil transporte. Casi todos los ejercicios son de saltos, flexiones, carreras, volteos, etc.

Uno de tales ejercicios, se reproduce en el grabado. A fin de demostrarnos los progresos de la educación física en Suiza, acompaña al grabado un interesante y minucioso artículo.

Creo los suizos, al igual de los griegos, que no basta desarrollar las facultades intelectuales en el hombre, hay que desarrollar al mismo tiempo las facultades físicas; no basta que el ser humano sea inteligente, es menester que sea fuerte y, á más de fuerte, bello.

Por entender Grecia de este modo la educación de sus ciudadanos, fué vivero de sabios, de guerreros, de artistas, de varones, cuya gloria no logran eclipsar los siglos, y de hembras que triunfan con su belleza, aún por hembra alguna igualada, en penitéticos mármoles.

En Grecia, haciendo de la gimnasia al aire libre un culto, se inspiran los suizos para la educación física de las generaciones. Para la educación moral é intelectual no hay adelanto, no hay beneficio pedagógico, que de Suiza no venga ó por Suiza no se adopte inmediatamente.

En las poblaciones suizas, la casa mejor es la escuela. Ni palacios, ni templos, la igualan nunca en esplendor; la enseñanza, es una religión; la educación del niño, un sacerdocio: para el maestro, en la escuela; para los padres, en el hogar.

¡Qué gran tristeza invade el ánimo, cuando tras el hermoso espectáculo que en la mayor parte de los países cultos ofrece la enseñanza primaria pública, se vuelven los ojos hacia la enseñanza española!... Antes de volverlos, entra uno en ganas de cegar.

En las poblaciones españolas, la escuela suele ser el edificio más humilde, si no el más inmundado. El que esto escribe, ha estado en una aldea donde la escuela era utilizada durante el día para instruir niños y durante la noche para recoger bestias.

No enseñarán nunca en población alguna española, las escuelas públicas como edificios magnos; enseñarán la iglesia, el cuartel, el palacio de alguna institución bancaria. ¡La escuela!

¡Pobre escuela! Magnificencias, no las hallaréis nunca. ¡Ojalá pudierais encontrarlas, si humildes, en decorosas condiciones de higiene y procedimientos pedagógicos!

¡Gimnasio!... Contadas son las escuelas nacionales donde el gimnasio existe; más contadas aún aquellas en que el profesor significa otra cosa que un sueldo.

Jardines en torno á la escuela, para desahogo y solaz de los educandos, ¿cuántas escuelas los tienen en España?

Material conforme á los últimos adelantos, ¿en cuántas existe?

Maestros con libertad, con capacidad y con independencia, para aplicar en sus aulas la moderna pedagogía, ¿á qué número ascienden?

Ministros, estadistas y políticos, que se hayan ocupado, seria y honradamente del problema de la enseñanza nacional, ¿cuántos fueron ó son?

«¡Ah!, se me dirá, es que Suiza, además de ser una nación rica, es nación pequeña. España es nación grande y pobre. Pedir para España en puntos de enseñanza lo que tiene Suiza, resulta una verdadera insensatez.»

Insensato fuera yo, ciertamente, pidiendo que las escuelas y la educación españolas se igualaran con las de Suiza.

Sin embargo, no sería mucha exigencia, pedir que se multiplicasen las escuelas al aire libre como la del Bosque en Barcelona, cual la de la Glorieta en Valencia, donde las criaturas, bajo un dosel de flores y de hojas verdes, que transparenta el añil del firmamento, oxigenan sus pulmones, dan solidez y flexibilidad á sus músculos, al mismo tiempo que educan su conciencia y nutren su entendimiento, guiadas é iniciadas en las enseñanzas de la vida por una maestra que sepa ser más aún que amiga, una amable camarada con todas las ternuras de una madre y todas las alegrías contagiosas de una niña...

El conocimiento de la realidad española impone, aunque sea muy triste, más modestia á mis pretensiones. Con que desapareciera el analfabetismo y pudieran educarse, educarse, todos los niños de seis á doce años, me considerara dichosos.

Y lo que es esto, no es labor imposible.

Con aplicar á ella todo el dinero que se malgasta inútilmente por el Ministerio de Instrucción pública en sueldos, cargos, instituciones y encomiendas, cuando no nocivos, inútiles, se tendría lo suficiente al comienzo de una obra que, por decoro nacional, no debiera retardarse un minuto.



Una de las alumnas de la Escuela de la Glorieta de Valencia, dando su lección en el jardín. FOTS. GÓMEZ DURÁN



Pintoresca vista del río Conguera, en Santibáñez (Villacarriedo)

FOT. DE F. CEVALLOS LEÓN

EL SIGLO DE LA SONRISA

Crónica á la que se concedió el primer premio en el concurso organizado por el Círculo de Bellas Artes

PODRÁN los sabios llamar á este siglo en que vivimos el siglo de la aviación; podrán los literatos llamarle el siglo de la sencillez artística; podrán los pintores apellidarle el siglo de la pintura psicológica; yo le llamaré siempre el siglo de la sonrisa.

¿Por qué?

Porque nuestro espíritu escéptico, abierto á todo lo nuevo, que todo lo comprende y disculpa, está cultivado para el dolor y ya no llora, sonríe tan sólo con amargo rictus.

El hombre moderno, que á todo sonríe, que jamás llora porque cree que las lágrimas son ridículas, que creyendo en todo no cree intensamente en nada, que amándolo todo nada apetece con pasión, es el hombre más triste de todos los siglos.

Sonreímos ante el dolor físico, ante las injusticias, las traiciones, las deslealtades. No es insensibilidad. Es una alta y exquisita depuración espiritual de todas las cosas. Es una aristocracia del alma; una jerarquía del corazón. Nuestra sonrisa, á veces, es una mueca grotesca, una mueca dolorosa que quiere reír y no sabe, que quiere llorar y no puede. Es, muchas veces, bilis hecha filosofía, lágrimas petrificadas antes de salir al exterior, por miedo al ridículo. Cada vez sonreímos más, porque cada vez vamos comprendiendo más cosas, porque ya lo vamos comprendiendo todo...

Las mujeres, los niños y algunos animales, lloran: el hombre plebeyo ríe á carcajadas. La sonrisa es sólo patrimonio de los espíritus cul-

tos y selectos, de las almas exquisitas y aristocráticas.

¿Sabéis por qué hay cada día más locos? Porque cada vez se llora menos y se ríe menos. El hombre primitivo atronaba las selvas con su risa de niño y su llanto de fiera.

Hoy, que no podemos casi nunca expansionar todos nuestros sentimientos y todas nuestras ideas, hoy, que tenemos que estar aientos á las siempre odiosas conveniencias sociales, esta falta de libertad hace que nuestro cerebro se destroce á veces...

Tenemos que ponernos la máscara de la sonrisa y estrechar la mano de algunos ladrones sin grandeza épica y valor personal; hemos tenido que saludar á muchas ramerías elogiadas por los cronistas de salones, y la vida nos ha dado un asco profundo. Y este asco se ha traducido en una sonrisa fría, triste, enigmática, implacable, del hombre moderno.

Creemos en la ley de las compensaciones; creemos en una ley no formulada todavía explícitamente por nadie que sepamos: la ley de las reacciones naturales; creemos con Schelling que «todo es uno y lo mismo»; creemos con Gautier que «nada importa nada»; no creemos en la filosofía, en el arte ni en el amor; nuestro culto actual es la ciencia. Ya se derrumbará...

Pasamos por la vida como sombras, como espectros; ¿quién somos?, ¿nos conocemos á nosotros mismos?, ¿queremos en realidad á la mujer á quien creemos amar?, ¿nuestros ideales sociológicos y artísticos, son verdaderamente

desinteresados?, ¿nos comprenden á nosotros?, ¿comprenden á los seres que nos rodean? ¡Horrible vacío! Los espíritus son incommunicables. No pueden entenderse, por lo menos aquí en la tierra. Las almas gemelas no se encuentran nunca. Dicen que algunas palabras peculiares y características de un idioma son intraducibles; dicen que la poesía y la literatura en general no pueden realmente traducirse. ¿Cómo podrán, pues, traducirse unos espíritus á otros? No nos comprende la bondadosa madre que nos llevó en su seno; no nos comprende la hermana, ni el amigo, ni la mujer que nos entrega su vida y su cuerpo. Vamos todos los días al lado del amigo; besamos los labios de la mujer querida.

Es en vano. No vemos el alma. No asoma el alma jamás. Creemos á ratos que vamos á morir de frío, de tedio, de asfixia, y sonreímos.

Sonriamos siempre. Pero no lloremos ni riámos jamás, porque el espíritu debe tener también su pudor como el cuerpo y debe saborear en la soledad, debe saborear por dentro el dolor y la alegría.

¡Sonrisa moderna, triste como amarilla flor de cementerio, venenosa como la cicuta, amarga como el absenta, simbolizas y compendias todo el espíritu moderno! ¡Sonrisa sutil y burlesca de Anatole France; sonrisa exquisita, triste y comprensiva de Benavente, eres el perfume y la esencia del siglo actual!

JOSÉ ANTONIO VALLESPINOSA Y VIOR

LA MANTILLA



Bajo la mantilla de una sevillana
 palpita el encanto de mi Andalucía;
 bajo su mirada, mística y pagana,
 brota, á flor del alma, la melancolía;
 la melancolía dulce y halagüena
 que nos acaricia y al par nos desgarrá,
 como el sentimiento de la malagueña
 que fluge, hecha llanto, de alguna guitarra.
 Bajo la mantilla negra—Díernes Santo,
 hondos ojos negros, círios...—flor de luto,
 he visto de una sevillana el llanto,
 al Redentor muerto rindiendo tri'uto.
 Y bajo la blanca, risueña mantilla,

un día de Feria de Abril, todo luz,
 he visto á una magna mujer de Sevilla
 montada á la grupa de un potro andaluz.
 Mantillas, gloriosos timbres de Sevilla,
 os evoca el alma, temblando la pluma...
 Blancas, á los ojos donde el azul brilla,
 sois, como á las aguas del mar es la espuma,
 ó como á los claros cielos andaluces
 las blancas y leves nubes estivales;
 y, si negras, bajo las trágicas luces
 de negras pupilas, hondas, nocturnales,
 formáis como un marco de sombra siniestra
 á un alma que vive de amor y dolor,

y que en el semblante moreno nos muestra
 una indefnida nostalgia de amor...
 Si mi fantasía remontase el vuelc
 hasta los picachos de la ingente sierra,
 mi verso arrancara del azul del cielo
 para con su ritmo festejar mi tierra,
 para con su ritmo rendir vasallaje
 á la esplendorosa, clásica mantilla,
 laureola de gracia, bajo cuyo encaje
 va la triunfadora mujer de Sevilla!

Juan GONZÁLEZ OLMEDILLA

DIBUJO DE OCHOA



NUESTRAS VISITAS
EL MAESTRO MORERA



El ilustre maestro compositor catalán Enrique Morera, en su gabinete de trabajo

La chiquilla aquella era un encanto por la gentileza de su cuerpo, por su cabecita dorada de paje medioeval, por su carita angelical y picaresca, por su hablar gracioso...
—Si se deciden á esperarlo, papá no ha de tardar... Pasen ustedes...

Siguiéndola como á un ángel salvador llegamos hasta el estudio donde acostumbra á trabajar el maestro. Un perrito chiquitín nos hacía zalameos y fiestas como si fuésemos amigos de toda la vida. La preciosa nena se dispuso á hacernos menos pesada la espera dándonos conversación.

—¿Tú eres hija del maestro Morera?

—Sí, señor.

Hizo un silencio y después murmuró muy tristecita:

—Tenía un hermano que murió hace poco tiempo de la peste.

—¡Caramba! ¡Qué desgracia!...

—Pobretina... ¿Y le echarás mucho de menos?

—Sí, porque jugábamos siempre juntos. Ahora tengo que jugar con mamá y con papá...

El acento catalán endurecía un poco el dulce hablar de la niña. Sonó un timbre...

—Ya está ahí papá—exclamó la nena, yendo á su encuentro.

Al momento apareció en el dintel el maestro Morera. Alto, seco, de facciones pronunciadas, cabellos largos, lacios y en desorden; ojos pequeños, pero vivos, bigote de largas y finas guías. La presencia del maestro Morera es la de un artista simpático... En seguida nos explicó su tardanza...

—Perdóneme. La subdirección de la escuela Municipal de música me tiene preso siempre.

—¿Y le da á usted mucho trabajo?

—A mí sí.

—¿Qué sueldo tiene usted?

—Cinco mil pesetas. Poco...

—Claro que, á parte de eso, tendrá usted los ingresos de lo que producen sus obras.

—Casi nada... Yo vivo exclusivamente de ésto y de las lecciones que tengo aparte de la cátedra: unas mil pesetas mensuales en total... Aquí, en Barcelona, la música no da nada; no es como en Madrid... Ya ve usted, yo cobro á cinco duros mensuales las lecciones; una cosa miserable, pues, sin embargo, cuando á muchos les pido los cinco duros se asustan y no vuelven.

Calló el maestro y me ofreció un pequeño ci-

garro puro. La nena, sentada sobre las rodillas del padre, seguía en silencio nuestra conversación y nos observaba á hurtadillas.

—¿Cuándo trabaja usted, maestro?—le pregunté.

—Trabajo siempre de día, de noche jamás.

—¿Y le cuesta á usted trabajo producir?...

—Según; si estoy en situación nerviosa escribo con una facilidad grandísima, si no, tengo que dejarlo. Esto me ocurre muy pocas veces, porque como he escrito tantísimo el oficio lo domino...

—¿Usted es catalán?...

—Sí, señor; nacido aquí, en Barcelona.

—¿Cómo empezaron en usted las aficiones por la música?...

—Mi padre era músico; pero músico pequeño, y á fuerza de pescozones me enseñó el violín y el piano.

—¿Entonces usted no tenía por la música una predilección decidida?

—Hombre, á los diez años no se tiene predilección por nada que no sea jugar. El que diga lo contrario es un pedante. De la Argentina, donde estuve con mi padre, volví á España de catorce años. Un maestro cualquiera me siguió enseñando piano, violín y armonía. Hasta que una tarde fuí al Liceo á un concierto de Albéniz y me gustó tanto que al día siguiente me fuí á su casa para ser su discípulo... Entonces él me dijo: «Tú debes estudiar con Pedrell...» Yo ni creía, ni creo, en Pedrell; pero obedecí. Estuve tres años estudiando con él, y después me fuí á América. Y allí, amigo mío, me di cuenta de que Pedrell no me había enseñado nada. De América me trasladé á Bruselas para aprender el contrapunto. Allí me ganaba la vida con el violín, que lo dominaba en absoluto.

—¿Y cómo lo dejó usted?...

Morera rió al recuerdo de alguna travesura; después repuso:

—Una noche, en Bruselas, nos fuimos de *juerga* Francés y yo: nos hizo falta dinero y se lo vendí á un ciego de un café en una cantidad absurda. Le advierto á usted que era un violín magnífico, como no he tenido otro en mis ma-

nos. A mi regreso de Bruselas le enseñé armonía á Albéniz. ¡Ah!, porque las lecciones que yo doy no son de piano ni de violín; sólo enseño armonía, que es el nudo de todo. Aquí, generalmente, no saben armonía los pianistas.

—¿Cuál fué el primer éxito que tuvo usted?...

—El primer éxito fué mi primera obra... Una danza que gustó muchísimo; pero para salir adelante tuve que sufrir muchísimo. Esto era un caos. A los jóvenes nos tiraban á degüello los viejos... En fin, un martirio... Al cabo conseguí estrenar en el Principal *Atlántida* y tuve un éxito enorme. Después hice *Emporium* con Marquina; también gustó aquí mucho.

—¿Esta obra no la estrenaron ustedes en el Lírico de Madrid?

—No, señor; no se llegó á estrenar. A raíz de inaugurarse el Lírico, la teníamos allí anunciada y hasta ensayada; pero de pronto se hundió la empresa y todo se lo llevó la trampa.

—¿Para qué le gusta á usted más escribir?...

No me dejó terminar.

—Para el teatro...

—¿Cuántas obras tiene usted estrenadas?...

—Unos setenta actos... Entre ellos siete óperas: *La devoción de la cruz*, *Emporium*, *Muniselda*, *Titayna*, *La Fada*, *La Boja* y *Fassarba*.

—¿Y para estrenar?

—Dos óperas con Guimerá: *Jesús de Nazareno* y *La santa espina*.

—¿Cree usted que España atraviesa por un momento de decadencia musical?

—¡Ah!, no, señor—protestó rápido—; al contrario; hay un renacimiento. Ahora bien; en mi opinión, la zarzuelita y todo el género chico ha hecho y hace mucho daño á la música española; primero porque los músicos serios se sienten atraídos por los momentáneos beneficios de este teatro y abandonan la música grande y seria, y segundo porque los musiquillos sin consistencia se refugian en esta música populachera y desvían el gusto del público... Usted sabe que al público hay que educarlo, para todas las cosas.

—¿Qué músico es su preferido?

—¡Oh!, á mí, ¿sabe usted?, me gustan muchos... Yo soy una mezcla, de todo... Admiro

por igual á Beethoven y á Wagner... No, no tengo una predilección decidida... Straus, á ratos, me gusta muchísimo...

—¿Y españoles?...

—Son compañeros todos y no quiero molestar á unos con el elogio que haga de otros... Además, no conozco bien la música de todos. Aquí tenemos un muchacho, que fué discípulo mío, que vale muchísimo... Jaime Pahissa; pero es un haragán.

—¿Qué opina usted sobre el porvenir de la ópera española?

Morera hizo un gesto de recuento; después exclamó:

—Que está todavía un poco verde. La ópera, en el sentido ópera, con toda su grandiosidad, hay muy pocos en España que la sientan... A veces, Bretón tiene chispazos musicales que deslumbran; pero como he dicho antes, la zarzuela nos lo arrebatara... Dicen algunos que la culpa la tiene el público. No lo creo. Si hubiese obras, al público se le cautivaría.

—¿Por qué no se va usted á trabajar á Madrid, maestro?...

—¿No ve usted que ya estoy atado aquí?... La cátedra es la base de mi vivir... Yo acaricio, como algo supremo, la ilusión de estrenar una ópera en el extranjero; esto es todo mi ideal. Tanto es, que en el momento que termine esa matanza inhumana me iré á París ó á Berlín y no he de parar hasta conseguir mi deseo.

—¿Lo ha intentado usted ya?...

—Sí, señor; cuando se declaró la guerra, ya estaba en buen camino. En el Teatro Nacional de Amberes tenían y deben tener para estrenar *El hada*, y en Alemania *Titagisa*, cuyo libro es de Guimerá. Con esta maldita guerra todo está en suspenso... Es un paréntesis; ya veremos después. No suponga usted que mi afán de estrenar en el extranjero es por vanidad; no, no, nada de eso.

—Entonces, ¿por qué?...

—Pues porque aquí, en España, la música no produce nada y yo quiero sacarle todo el jugo posible.

EL CABALLERO AUDAZ



El maestro Morera, dando lección de piano á su hija

FOTS. CAMPÚA



La cigarra y la hormiga

REVERBERA en las blancas fachadas el sol de las primeras horas de la tarde. Procuramos en nuestros paseos por la plaza de un pequeño pueblo valenciano, no salirnos de las islas de sombra que trazan los plátanos sobre la tierra rojiza y ardiente.

Silencio de sueño, calma profunda de siesta veraniega. Los únicos que vivimos en este ambiente exuberante de luz, somos mi amigo y yo, que conversamos bajo los árboles de la plaza, los niños que ganguean á gritos sus lecciones en la escuela próxima, siguiendo el venerable método morisco, y los enjambres de insectos que aletean, zumban y trepan en torno de los plátanos.

Calla de pronto el coro escolar y por las ventanas abiertas llega hasta nosotros la voz de un niño, el más aplicado tal vez, que recita una fábula: *La cigarra y la hormiga*. Como el griterío de una muchedumbre alborotada que contesta á ultrajantes alusiones, suena el *chin-chin* de numerosas cigarras moviendo sus cimbalillos entre las cortinas del follaje.

Mi amigo el naturalista se indigna, mientras la voz infantil va desarrollando la acción de la conocida fábula; la cigarra imprevisora y alegre que canta sin pensar en el porvenir, y cuando llega el invierno, transida de frío y vacilante de hambre, va en busca de la hormiga para implorar un préstamo. El animal ordenado y económico que tiene en torno los sacos llenos de cosecha y se prepara á invernar en opípara abundancia, no quiere oír la súplica de la bohemía, y añade á su negativa la burla cruel: «—¿No has pasado cantando el verano mientras yo trabajaba? Pues bien: ahora baila.»

—Me irrita esta fábula—dice el naturalista—. Es una historia inmoral, que enseña á los hombres desde su infancia el respeto á la avaricia y la crueldad, el culto del egoísmo, la burla soez contra los idealistas que piensan en algo más que la satisfacción de los apetitos materiales. Todo es mentira en este relato inventado hace

miles de años. La imprevisora y loca cigarra de la fábula es un ser laborioso y dulce, explotado hasta la muerte. En cuanto á la hormiga, modelo de economía doméstica, que los padres ofrecen á los hijos, es una bestia rapaz que desde el mundo de la pequeña animalidad influye fatalmente sobre los hombres. Nuestro planeta sufre guerras y se cubre de sangre cada vez que á un imperio se le ocurre organizarse como un hormiguero, imitando su férrea disciplina, su método para la acción, su soberbia que tiende á explotar y esclavizar todo cuanto le rodea...

ooo

—Esa fábula es una calumnia—continúa mi amigo—. Los caracteres de sus protagonistas aparecen en ella escandalosamente invertidos. La hormiga es en realidad un ladrón y la pobre cigarra una víctima.

Al poeta Lafontaine (imitado después por el fabulista español), debemos el triunfo de este embuste, que confiado á la memoria de los niños resulta inmortal. Supo describir con exactitud el carácter del lobo, del zorro, del gato y otros animales protagonistas de sus historias. Los había visto de cerca; eran de su país. En todas las latitudes del mundo hablan las gentes de la cigarra á causa de la fábula, y sin embargo son muy pocos los que han visto cigarras. Este animal solo existe en la región asoleada del olivo, y París, donde vivió Lafontaine, no tiene olivos.

Es indudable que tomó esta historia de los griegos. Los niños de la Atenas de Pericles, al ir á la escuela con su capicito de esparto lleno de higos secos y de olivas, se contaban el cuento de la cigarra imprevisora que tuvo que pedir un préstamo á la hormiga. Lo habían oído á sus nodrizas y sus madres, cada vez que les recomendaban la necesidad de ser sobrios y ahorradores. De aquí data el error, verdaderamente incomprensible, en un pueblo que tenía cigarras. La fábula, como casi todas las fábulas, procede

del pueblo indostánico, gran contemplador de la naturaleza. Los poetas del Ganges que conocían exactamente la vida de las bestias, debieron poner la hormiga frente á otro animal. Los griegos lo sustituyeron con la cigarra (monótono cantor que metían en jaulas para que meciese sus siestas) y así ha llegado el relato hasta nosotros; falso é indestructible, como muchas leyendas gloriosas de la humanidad; viejo y respetable como el egoísmo de los hombres, ó lo que es lo mismo, como la historia del mundo.

El sabio Fabre, poeta de los insectos, fué el primero que en nuestra época, escuchando á la cigarra en sus tierras de Provenza, se le ocurrió ratificar con observaciones directas la exactitud de la fábula. Y quedó al descubierto la gran mentira milenaria que ha servido de ejemplo moral á los hombres y aún continuará sirviendo, pues la humanidad no deshace camino, ni modifica fácilmente sus ideas elementales.

Fijese, amigo mío: La cigarra no puede implorar un préstamo para vivir en invierno por la simple razón de que solo vive unas semanas y muere con el verano. La cigarra no pedirá nunca una limosna á la hormiga—aunque esta fuese capaz de concedérsela—, porque los granos de trigo y los cadáveres de moscas y gusanos que guarda el pirata en los almacenes de su imperio subterráneo, de nada pueden servirle. La cigarra no come, chupa. Esta bestia dulce y pacífica carece de mandíbulas y de boca. Su herramienta para la nutrición es una lanza perforada, una trompa sutil con la que agujerea la corteza de las ramas. Su estómago delicado no puede resistir los cereales y los cadáveres que alimentan á la hormiga, bestia feroz de quijadas triturantes y patas cortadoras. Música del sol, habitante de las alturas, poeta del follaje, se nutre únicamente con el vino de la naturaleza, con la savia que circula por las arterias de los árboles. La cigarra no ha ido nunca en la realidad al encuentro de la hormiga. La ignora ó huye de ella como de un enano grosero y ma-

léfico. Es la hormiga la que la busca y la acecha para aprovecharse de su trabajo.

Ya ve cuán lejos estamos de la fábula ofensiva para la moral y la verdad, y cómo se transforman radicalmente los caracteres de sus protagonistas.

Cuando la primavera empieza á caldear el suelo, se animan las larvas que depositaron las cigarras muertas en el año anterior. Surgen de las entrañas de la tierra por un pozo circular que abren trabajosamente; se izan á la primera brizna de yerba que encuentran, desgarran su dorso repeliendo una envoltura seca como pergamino, y aparecen de un color verde tierno, que rápidamente se oscurece. Luego trepan á los árboles, animando el silencio rumoroso de la naturaleza con su música incansable. En las horas de sol, la luz las embriaga con una borrachera ruidosa, y agitan locamente sus címbalos como los devotos del cortejo de Dionisios. Cuando todo el pueblo de los insectos desfallece de sed, ellas son las únicas que viven en una abundancia regalada.

Adivino desde aquí lo que ocurre sobre nuestras cabezas, á pocos pasos de nosotros, entre esas ramas de las que salen zumbidos y aleteos. Moscas, abejas de todas clases y sobre todo hormigas, muchas hormigas, van errando por las ramas en busca de una fuente. Las flores tienen la corola agostada por el calor, las hojas duermen contraídas bajo el sol, la vegetación marchita espera el beso fresco del anochecer para reanimarse, recobrando su vital expansión. Y mientras la muchedumbre alada ó rampante corre sedienta de un lado á otro, la cigarra se ríe de esta escasez. Con su rostro que es sutil, duro y perforante como una barrena, taladra uno de los innumerables toneles de sus bodegas inagotables. Sin interrumpir su canto ha abierto un agujero profundo en la corteza de una rama hinchada por el calor, llegando hasta la corriente de savia que circula madura por el sol, como un vino de generoso fermento. Conservando el tubo de succión hundido en este pozo, bebe y bebe en sensual inmovilidad, entregada por entero á los encantos del jarabe y de la estrofa. Es un Anacreonte del follaje, un poeta que declama á gritos con la copa ante los labios y los ojos en el cielo.

Pero los sedientos la acechan; los parásitos acuden para explotar su desinterés. Un rezumamiento de líquido azucarado en los bordes del brocal, denuncia los placeres divinos de su recogimiento. Los importunos alados, zumban pediguéños en torno de la cigarra, interrumpiendo su musical embriaguez; pero los más temibles de estos intrusos son las hormigas, bestias de un egoísmo desvergonzado y arrollador. Las más pequeñas se deslizan por debajo del vientre de la cantora, que bonachona y tolerante levanta las patas traseras para no estorbar su camino. Las grandes se estremecen de cólera, beben en los raudales que se escapan del pozo, se alejan para dar un paseo inútil por las ramas cercanas y regresan, cada vez más inquisitas y agresivas. Al fin atacan á la dueña de la fuente,

pretendiendo expulsarla para aprovecharse de su trabajo. Muerden al músico en el extremo de sus patas, le tiran de las alas, montan sobre su dorso para pellizcarle las antenas. Algunos bandidos más audaces se apoderan de su trompa de succión é intentan extraerla del pozo...

Interrumpo al naturalista. Veo de pronto á los genios despreciados por la muchedumbre que luego se apropiaron su gloria con un orgullo nacional; veo á todos los artistas que abren fuentes de idealismo para la turba grosera, é inmediatamente quedan expulsados de las márgenes de su obra; veo á los poetas de la acción que derriban muros tradicionales y nunca son los primeros que entran por la brecha, pues les sobrepasan los hábiles que se ocultaban á sus espaldas, prontos á aprovecharse del esfuerzo.

—¡Lo mismo que en la vida humana!—exclamo.

se agota en su poder. Como carece de la bomba que atrae la dulce savia, solo puede aprovechar el líquido que existía en el fondo, en el momento de la conquista. Absorbe hasta la última gota y cuando la fuente queda seca, marcha en escuadrón á la descubierta de la cigarra que ha abierto un segundo manantial, y le roba igualmente el fruto de su trabajo.

¡Pobre cigarra! ¡Infeliz artista del mundo de las hojas, calumniada en el mundo superior de los hombres!... Como no almacena, es una bohemia, indigna de respeto; como se alimenta de miel y canta á todas horas, no trabaja seriamente; como carece de mandíbulas y abandona el sitio á los que se deslizan á traición por debajo de su vientre, los usureros subterráneos, las bestias de patas ganchudas, que engordan con los muertos, tienen derecho á robarle su obra.

La hormiga, avara y sin entrañas, la explota y la gobierna á pesar de su pequeñez, lo mismo que en el mundo de la criminalidad vertical, los hombres del «cofre fuerte», de la mano imantada que atrae á los céntimos, y del puño duro que exprime, dominan á las masas.

Hasta en su muerte se ve explotada la cigarra por el triunfante parásito. Los restos del Orfeo del ramaje se disuelven en el estómago del negro burgués subterráneo.

Después de una vida de cinco ó seis semanas que le parece larguísima, la cantora cae de lo alto del árbol, extenuada por tanta música, tanta poesía, tanta embriaguez ruidosa. El sol seca su cadáver y los transeúntes lo aplastan con sus pies.

Las hormigas salen en batallones de sus oscuros cuarteles, sometidas á la disciplina á la prusiana, obedientes á su emperador, como un pueblo laborioso, culto y metódico. Van á saquear para enriquecerse; van á invadir otros hormigueros, con el propósito de esclavizar á sus habitantes y que trabajen para los conquistadores. La razón de Estado guía sus correrías. ¡Por algo la fábula presenta á estas bestias como modelos de orden y buenas costumbres!

En su avance triunfal, la vanguardia del ejército encuentra á la caída cigarra, y los que vivieron de su trabajo vuelven á vivir de su muerte. Las patas y mandíbulas despedazan la rica pieza, la disecan, la tijeretean, la parten en migajas para almacenarla en el depósito de provisiones. Muchas veces el poeta aún está en la agonía y sus alas baten el polvo con los últimos temblores. No importa. Su cuerpo se ennegrece con el tropel de enemigos. Lo despedazan en vida, tiran de sus miembros, lo descuartizan con un sabio método de cánbales científicos.

Y esta es, amigo mío, no la fábula, sino la verdadera historia de *La cigarra y la hormiga*.
—¡Lo mismo que entre los hombres!—exclamo yo.
—Lo mismo que entre los hombres—repite el naturalista.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

DIBUJOS DE RIBAS



mo con asombro—. ¡Igual que entre los hombres!...

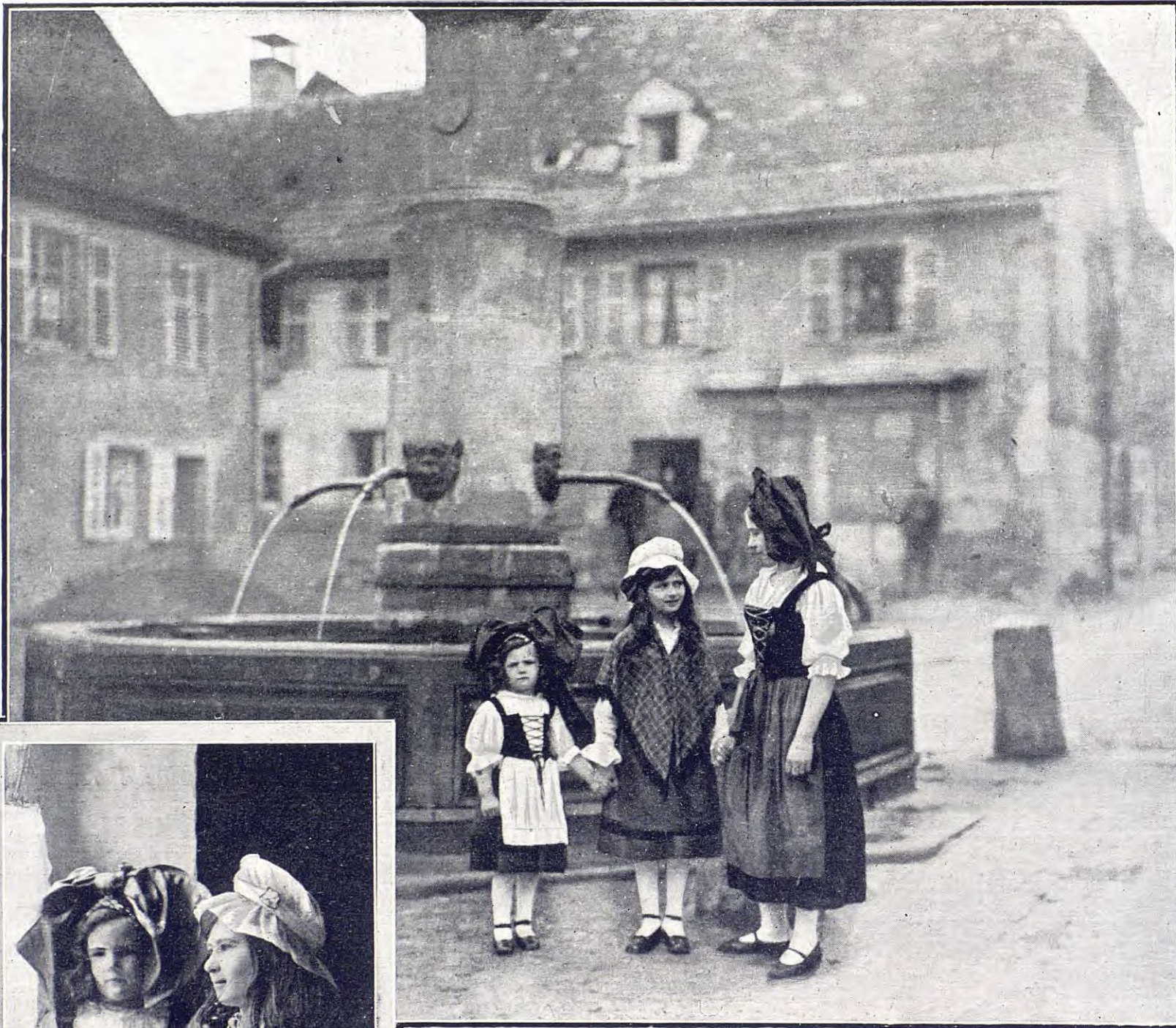
—Sí; igual que entre los hombres—contesta el naturalista, y continúa su relato.

La cigarra es un elefante comparada con la hormiga, un monstruo antediluviano que podría aplastarla desplomándose sobre ella. Pero no tiene mandíbulas ni es carnívora. Alimentada con néctar, su humor es bondadoso y tolerante, como el de los filósofos que han llegado á penetrar el secreto de los seres y las cosas. Además, ¡es tan numerosa la muchedumbre de los enanos, egoístas y rapaces!...

Al fin, el gigante, cansado de tantas molestias, abandona el pozo, pero antes de alejarse, levanta una pata con soberano desprecio y lanza un chorro de orina sobre la masa laboriosa.
—La venganza de los poetas—interrumpo yo, sonriendo.

—Sí, la venganza de los poetas. ¿Pero qué importa este desahogo del bohemio cantor, á la hormiga honrada, económica y amiga del orden? Ya ha logrado su objeto; ya se ha hecho dueña del trabajo ajeno. Lo malo es que el pozo

EL PROBLEMA DE ALSACIA
 GAMBRINUS TIENE LA CULPA



Niños alsacianos en una plaza pública



Niñas alsacianas

MI amigo es un hombre de espíritu sutil y escrupuloso que ama los viajes y aborrece los libros. La mayor parte de los libros—dice mi amigo—están escritos por hombres de imaginación que no creen necesario ver las realidades de la vida; inventarlas es, sin duda, mucho más fácil. Cada realidad humana, así fingida ó simulada, se reproduce en mil libros, en cinco mil ó diez mil libros, y entre los lectores de estos libros hay otros hombres de imaginación también, como el autor, y autores á su vez, que no sólo aceptan la realidad leída como verdadera, sino que quieren ampliarla y mejorarla y escriben otros libros y dan en ellos de esa realidad una nueva visión, más fingida y simulada que la primitiva, y de estos libros á su vez se escriben otros y otros... Así se ha forjado la inmensa leyenda que la Humanidad acepta como su propia historia. Con esta convicción mi amigo apenas atisba un problema político ó social que acicatee su curiosidad, en lugar de buscar un libro que le entere, hace las maletas y se va al rincón del mundo donde el problema esté planteado. Claro es que ese es un arbitrio de dinero y de ociosidad, porque si mi amigo estuviese amarrado á un duro yunque de trabajo, se contentaría con conocer el mundo á través de páginas mejor ó peor escritas y de fotografías mentidas con mayor ó menor habilidad.

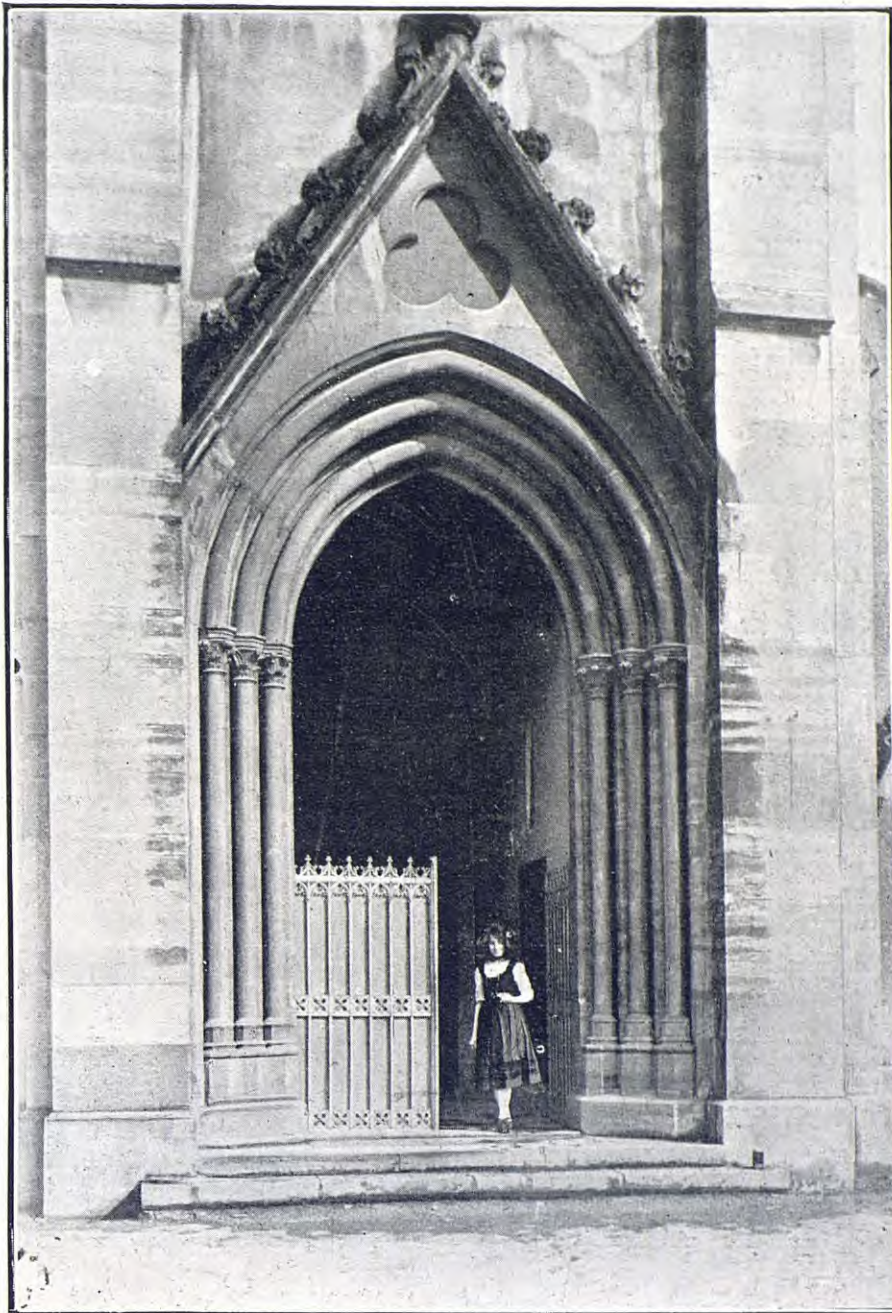
El caso es que mi amigo ha visto la esclavitud de Polonia en las fábricas y en los arrabales de Varsovia y oyó hablar de ello á unos campesinos viejos como robles y conoció los castillos derruidos que fueron palacios de señores feudales y aprendió las trágicas leyendas que envuelven sus ruinas en un ambiente de misterio y de poesía y vió las huellas tremendas de la invasión inverosímil de los suecos. Y luego fué á Finlandia y quedó asombrado de su vida autónoma y asistió á la secesión de Suecia y Noruega y buscó en Irlanda á los misteriosos sucesores de los fenianos y en la Bretaña francesa intentó indagar si quedaban rasgos del espíritu vendeano... Al cabo de todas estas y otras andanzas mi amigo ha formado de todo ello juicios personalísimos, y, como no los ha contrastado leyendo á ningún autor, dice cosas estupendas. Afortunadamente para la entereza de su razón, mi amigo lo justifica todo, creyendo sinceramente que está seguro de poder equivocarse; pero está tam-

bién seguro de no ser engañado por cualquier autorcete de más ó menos desatinada fantasía.

Enterado ya el lector, no se asombraría si hubiese oído decir á mi amigo que de todo el intrincado y difícil problema de Alsacia tiene la culpa el dios Cambrinus, el Dionisos de la mitología alemana, el Baco de la cerveza. Yo, en verdad, me quedé de una pieza cuando le oí semejante cosa. Pero mi amigo, acostumbrado á que le tomen por paradojas y extravagancias las más sutiles observaciones, no reparó en mi asombro y siguió su discurso:

Yo he ido en peregrinación al Monasterio de Santa Odila. Era una hermosa primavera. Como en Andalucía, habían regresado las cigüeñas y alzaban sus zancas sobre los nidos enormes fabricados en las altas torres de las ciudades y sobre los tejados de las alquerías en el campo. Ya en Estrasburgo había notado yo que había una tradición alemana anterior á la tradición francesa. En los monumentos, en los museos, en los archivos, en las calles mismas, todo lo anterior á 1700 es teutón, y todo el problema de Alsacia está en que lo que se escribió en el Tratado de Ryswick se borró en el Tratado de Francfort; que todo lo que hizo Luis XIV deshicieron Bismarck y Molike. Pero ¿por qué? ¿Por qué esa terquedad alemana puesta en recobrar esa provincia, que ya era francesa siglo y medio, y retenerla luego, manteniendo la peligrosa hostilidad de la nación vecina cuarenta y pico de años, dando lugar á que Francia buscara aliados en toda Europa y, al cabo, se provocara esta inmensa catástrofe de la guerra actual? ¿Vale Alsacia lo que lleva gastado Alemania en armamentos y ahora en la espantosa lucha que mantiene? Sin la detentación de ese territorio, Francia hubiese olvidado su derrota, que cargó en cuenta al Imperio, y hubiese sido posible entonces una alianza de todo el centro de Europa... ¡Ay, entonces, de Inglaterra! ¡Ay, entonces, de Rusia!...

—Como le digo—continuó diciendo mi amigo—, yo fuí en peregrinación al Monasterio de Santa Odila. Por todos los senderos iba una verdadera muchedumbre! por Molsheim, por Ottrott-le-Haut, por Heiligensstein se acercaban hacia el monte, procedentes de todos los rincones de Alsacia, las familias enteras, ricas y pobres, en coches, en carretas, en galeras de alquiler, andando muchos, sabe Dios cuántos días... Era un delicioso espectáculo. Todas las mujeres vestían el pintoresco traje nacional; todas coronaban su sencillo peinado con la gran cofia alsaciana... Pero, ¡oh, amigo mío!, las viejas llevaban su cofia á la moda francesa, tal como ellas las usaban antes de 1870, y las jóvenes las llevaban á la moda alemana. Esta cofia alsaciana es una verdadera obra de arte. Es sencillamente una ancha cinta de seda negra; pero ¡con qué gracia anudada sobre la cabeza! Diga usted donde quiera que de todas las tocas inventadas por la coquetería femenina, no hay más que dos que sean verdaderamente bellas: la mantilla andaluza y la cofia alsaciana, sobre todo en ésta su última manera. La moda fran-



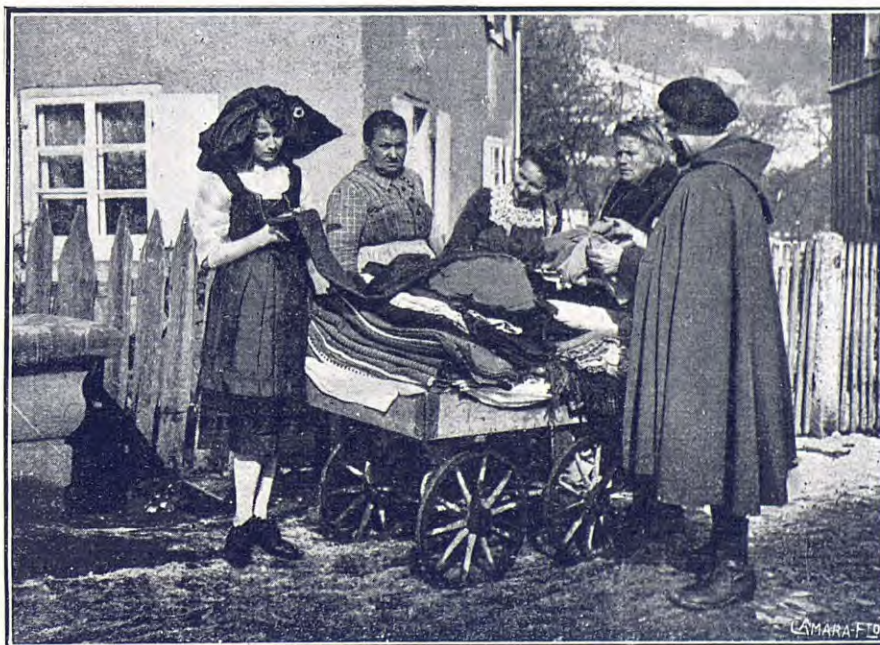
Aldeana alsaciana en la puerta de una iglesia

cesas consistía en una gran lazada cuyo nudo quedaba en el centro de la cabeza y caían las bandas hacia los aldares, pero ahora la cinta es mucho más ancha y más recia y no forma lazo, sino un casquete que desciende hasta el cuello y una corona que envuelve toda la cabeza y concluye en la ancha cinta que cae sobre la espalda... Como en un nimbo resaltan los rostros sonrosados y los cabellos dorados de las lindas alsacianas... ¿Francesas? ¿Germanas? Acaso, ni una cosa ni otra. Como una obsesión, aquellos rostros ovalados, aquellas líneas puras de la frente, de la nariz, de la boca, nos recuerdan, con fiel parecido, las estatuas romanas que hemos visto en los Museos. Y es, querido amigo, que encerrada entre la muralla de los Vosgos y el foso del Rin, Alsacia ha vivido aislada siglos y siglos, y ha conservado su gloriosa estirpe imperial y cesárea... Usted, que lee libros, recordará que Estrasburgo hoy, fué en tiempos de Jesucristo, la grande y gloriosa y riquísima *Argentoratum* de los romanos. Latínice usted un poco y recordará que *argentaria* era la casa de banca y *argentarius* el banquero... ¡Ah!, nada de esto tiene que ver con lo que hablamos, pero á mí, también, como á un autor de libros, se me descarría y escapa la imaginación...

—Decíamos, que fuí en peregrinación al Monasterio de Santa Odila y estuve unos días en su hospedería. Desde allí los peregrinos suben al Meunelstein, un picacho que taladra las nubes, y desde allí, señalan á sus hijos la línea azulada que recorta el horizonte en picachos y hondonadas... ¡Son los Vosgos! ¡Es la Francia! Confieso que me emocionó el espectáculo. Hay algo de lirismo imbuido, propagado por la literatura... Más afrancesados ha hecho en Alsacia el cuento de Daudet *La última lección* que todas las entelequias históricas, étnicas, filológicas... No; no. Alsacia es germana, pero quiere ser francesa. Ya usted ve. En la Universidad de Estrasburgo estudió Goethe; en Estrasburgo mismo hizo Guttemberg sus primeros ensayos de impresión; una de las glorias militares de la ciudad y la región es haber vencido á Luis XI, cuando delfín aún, invadió la Alsacia con 50.000 franceses; Maximiliano I la llamó «el *bulevard* del Santo Imperio...» Pero quiere ser francesa. Y Alemania lo sabe.

¿Por qué se opone? ¡Ah!, porque Alsacia produce lúpulo. Esto es todo. Cuando la estadística nos dice que en Baviera se consumen 285 litros de cerveza por cada habitante y en Wutemberg 229 y así en todo el Imperio alemán, mientras en España no se consumen más que cinco litros anuales por habitante, se comprende toda la gravedad del problema. En Alsacia los campos de lúpulo se ofrecen á la vista con aquella cuantía y aquella belleza con que en España se ofrecen viñedos y olivares. De estar la frontera en los Vosgos á estar en el Rin, hay la diferencia de tener el lúpulo como producto nacional á tenerlo como producto extranjero...

¡Y por esto se despedaza Europa!



Un vendedor de paños en una aldea de la Alsacia reconquistada



LOS NOCTURNOS DEL GENERALIFE

COMO LAS ROSAS...

Para la que sabe cuidarlas.

La fuente su lamento ha suspendido; el aire entre las ramas yace quieto, y entre la inmóvil floración de un seto el néctar de la Luna se ha dormido.

Ni un trino, ni un murmullo, ni un latido... Todo aguarda en la noche, con respeto religioso, algo ignoto... ¿Qué secreto va a decir el silencio a nuestro oído?...

Se oye un suspiro... De la rosaeda, hoja tras hoja, silenciosa rueda la nieve de una rosa deshojada...

¡Como esa rosa cuyo aroma pie-do para siempre, en mi alma abandonada comienza a deshojarse tu recuerdo!

EL ALCÁZAR DE LOS RECUERDOS

A la que vive encantada.

Con tus salas ruinosas y desiertas —¡oh, alcázar, entre mármoles cautivo!— y tu jardín lunar y pensativo, y tus fuentes de líquenes cubiertas,

¿Por qué en mi oscuro corazón despiertas el recuerdo tan claro y fugitivo de aquel cariño que enterramos vivo en el dolor de nuestras almas muertas?

Y tú, pálida amada de otros días, siempre que en mis nostalgias te recuerdo, ¿Por qué me evocas las melancolías de este alcázar de mármoles y oro, por cuyos viejos dédalos me pierdo, llorando sin saber por lo que lloro?...

ROSALES LUNÁTICOS

Para la que perfuma mis sueños.

Rosal, ¿qué angustia en tus raíces tienes?... ¿Por qué los besos de la Luna esquivas, y en un temblor de lágrimas furtivas sobre la alberca a deshojarte vienes?

¿Qué sueños, dí, para que tanto penes? La ali ura de tus rosas fugitivas tiene la palidez de esas cautivas que se mueren de amor en los harenes!

Al expirar, tus pétalos de seda la alberca y el silencio y la arboleda, perfuman de infinito... Vieja amada,

entre tus blancas manos temblorosas ¡quién pudiera morir como esas rosas, en una lenta muerte perfumada!

JARDÍN EN RUINAS

A la que se cubre de hiedra.

Solitario jardín, ¿qué angustia labra la amarga miel que tu quietud destila?... ¿Qué oculta araña en tus silencios hila la sucia urdimbre de tu paz macabra?

¡Ay de la mano que tus verjas abra!... Todo en tu soledad tiembla y vacila: se disipa la luz en la pupila y en los labios es humo la palabra!

¡Alma sin sueños, que al azar caminas, mucho más vieja que estas viejas ruinas, ¿qué maleficio en el cancel bebiste?...

¡Desde que en estos muros penetraste, como el jardín en ruinas, te quedaste por siempre muda, solitaria y triste!

EL CIPRÉS DE LA SULTANA

A la que se sangra de amor.

A la luz de la Luna funeraria, se idealiza la trágica silueta del ciprés que se eleva en la glorieta con un arrobamiento de plegaria.

Reina una paz angusta y legendaria, y el agua de la alberca es una quieta pupila que en sus vidrios interpreta la quietud de la noche solitaria...

Esa rosa que al viento se estremece ¿no será un alma que de amor feneció?... Y el ruiseñor insomne que desgrana

suspiros de cristal entre el ramaje, ¿no será el corazón de la Sultana, recordando los besos de su paje?...

EN LA PENUMBRA

Para los labios que arden.

Aquí hay largos silencios perfumados de nardos, de jazmines y rosales, para rimar con besos musicales cantares que jamás fueron rimados.

¡Hay kioscos de hiedras tapizados, penumbras como tálamos nupciales, para rasgar fragantes a maizales y desnudar amores olvidados!...

Aquí se olvidan las más hondas penas y se idealizan todas las pasiones... ¡Y al evocar tus manos de azucenas

que aroman de piedad todas las cosas, mis pensamientos son como leones adormecidos entre blancas rosas!

ADIÓS AL GENERALIFE

Para lo que dejó en su encanto.

El perfil oriental de tus almenas doraron ya las luces matutinas... (Ruiseñor del amor, ¿por qué no trinas?... Guzla de la ilusión, ¿por qué no suenas?...) El encanto rompióse... ¡Sólo, apenas soñando quedan, entre las neblinas, el jardín con sus sombras y sus ruinas y el alma con sus sueños y sus penas!

¡Adiós, jardín de amor y de saudades, donde mis tristes versos quedan presos!... Al alejarme de tus soledades,

siento un dolor que el imposible activa, cual si arrancasen, de raíz, mis huesos de las entrañas de mi carne viva.

LA HORA TRÁGICA

A la que aguarda en la sombra.

¿Qué florece en tus líricos jardines?... ¿Qué suspiro de amor vive encantado en su oriental silencio, perfumado con blancos as de nardos y jazmines?...

¿Qué dragones custodian tus confines?... ¿Y qué bella odalisca ha deshojado un amor imposible, en el callado recogimiento de tus camarines?

Bajo la plata de la Luna llena, el armonioso surtidor su vivo llanto de perlas temblorosas vierte, cuando en tus viejos mármoles resuena el galope lejano y fugitivo • del corcel tenebroso de la muerte.

PERFUME DE OLVIDO

A la que ha de darme la paz.

Jardín de paz, a tu quietud le pido tan sólo musgo en que inclinarse la frente, para petrificar eternamente mi ensueño en el ensueño de tu olvido!

¿Qué me importan las penas que he sufrido ni los placeres que gocé?... Mi ardiente juventud, al arrullo de una fuente y a la sombra de un árbol, se ha dormido.

De sufrir y gozar se encuentra hastiada, y sólo anhela en su tedioso hastío el ensueño de mármol de la Nada...

¡Y libre de inquietudes y ansiedades, rodar, en el silencio del vacío, por una eternidad de eternidades!

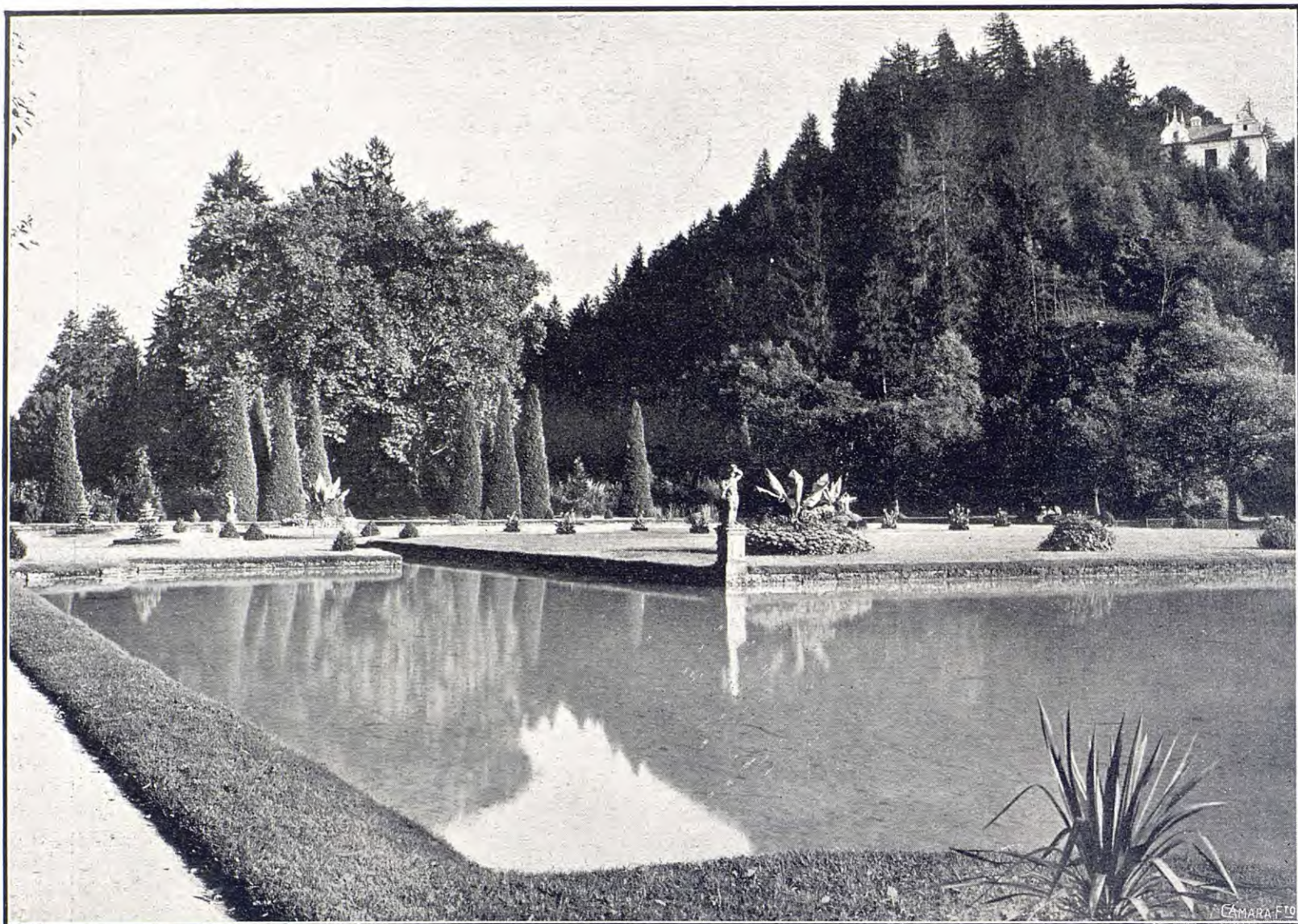
ETERNUM PACEM

A la que hila su sudario.

En mis noches de amor no arde un lucero, ni en mi ruinoso hogar brilla un brasa... ¡Da un adiós al recuerdo... ¡a todo!... y pasa a esfumarte en las sombras, pasajero!

¿Por qué anhelar aún?... ¿Para qué espero si siempre ha sido mi fortuna escasa, y soy un huésped en mi propia casa y en mi propio país un extranjero?...

¡No son estos mis tiempos!... ¡Peregrino cansado de sufrir tantos reveses, tan sólo piensa mi esperanza trunca con esa casa—abierta en el camino— de silencio de mármol y cipreses, donde se entra... y no se sale nunca!



Parque imperial de Hellbrunn, en Salzburgo

POR LOS CAMINOS DEL MUNDO

SALZBURGO

SALZBURGO, en la ruta de Viena, en el corazón mismo del Tirol, es una página de los Goncourt olvidada entre alemanes. Nadie nos observa con mayor atención que nuestros enemigos ni nadie alcanza á copiar nuestras cualidades mejor que ellos. Por eso, la guerra, que en apariencia disocia, reúne en realidad. Las virtudes eminentes de los pueblos rezadas en la suprema necesidad de la lucha, se imponen al rival que en vista del éxito pone particular empeño en imitarlos, al paso que los defectos experimentados en cabeza ajena son cuidadosamente evitados.

La historia es una colaboración consciente é inconsciente de todo lo creado, sin que ningún ser, por feroz que sea su individualismo, escape. Para ir tejiendo la urdimbre de la vida prestan su acción el cordero que se deja devorar y el lobo que lo destroza; el tirano que avasalla muchedumbres y el anarquista; el sabio y el trabajador manual; el usurero y el pródigo. De esas recíprocas influencias, acciones y reacciones va destilándose dolorosamente, gota á gota, el progreso.

¿Qué nos dicen estos jardines y palacios al gusto de la Francia dieciochesca que tienen como telones de fondo la fresca montañesa del Tirol?

Nos hablan en tierra alemana del genio francés; nos dicen de esa estrecha solidaridad humana que hace á razas distintas adoptar iguales patrones: pre-

dicen á nuestras almas una lección de cosmopolitismo, de humanidad, de fe en el porvenir.

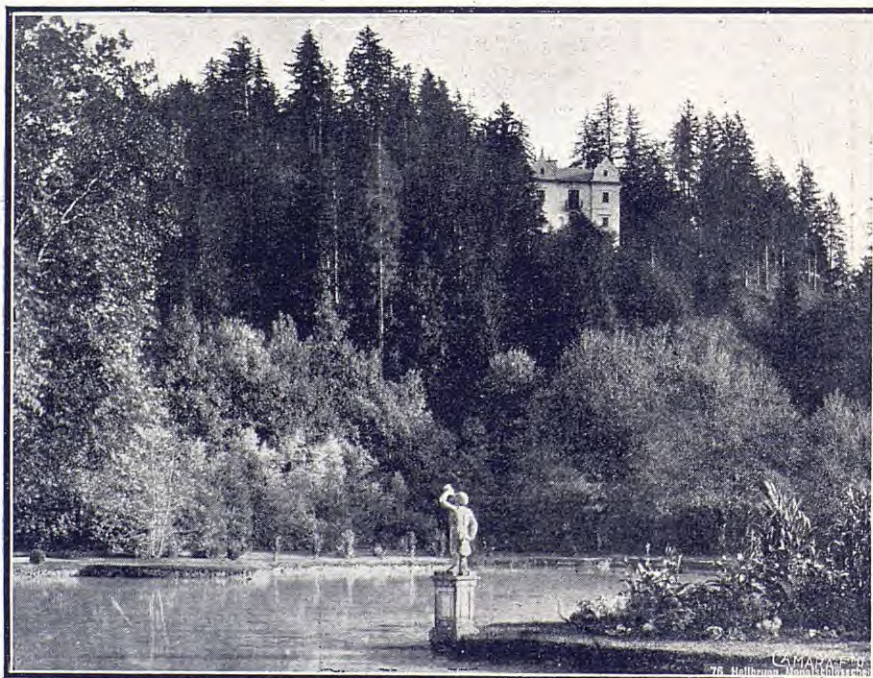
Lo que es mejor humanamente se extenderá en el reino de los hombres. Dios, que está muy alto, no puede distinguir desde allí fronteras ni colores de banderas. Para él todos los hombres son iguales, y para los grandes hombres que traten de acercarse á Dios pasará lo mismo.

En la historia no puede haber sino grandes hombres y hombres vulgares. Los primeros, sea cual fuere su nacionalidad, trazarán las orientaciones, definirán la moral y el derecho, labrarán el arte. Los segundos pasarán como las olas del mar: todos necesarios en la unidad, todos iguales en el olvido.

A ningún alemán, por exagerado que sea su amor patrio, se le ocurrirá prescindir de Virgilio, de Horacio ó de Pasteur, ni á ningún francés desdeñar la imprenta porque su invención se debiera á un tudesco.

La mayoría de los palacios que en países germanos levantan sus muros son de estilo francés. ¿Los destruirán por eso los alemanes?

No, no los destruirán, porque sobre las tempestades del momento y los enconos terribles de hoy está una verdad: la fraternidad humana, que no es un sentimentalismo, sino una ley de trabajo y de vida fatal é inexorable que ha obrado, obra y obrará en el porvenir.



Palacete imperial de Hellbrunn

Los pensadores de Francia, á finales del siglo xviii, de ese tiempo que los escritores alemanes llamaron *Ercklaerungszeit*, época de las luces, irradiaron por toda Europa. Su luz fué sin duda más viva que la que surgía de otros cerebros. A su resplandor se moldeó el mundo moderno. Con la ciencia y la política francesa fueron el arte galo. Federico II de Prusia departía con Voltaire en los jardines de Potsdam, que son una copia de los del Trianon; José II escribía á los enciclopedistas desde las estancias de Schömbrunn, el Versalles austriaco; Catalina de Rusia redactaba en francés su epistolario con Diderot.

Al estilo del siglo xviii francés pertenecen la mayoría de los palacios y jardines admirables de Salzburgo.

Es Salzburgo una de las ciudades más bellas del mundo. Su caserío se agrupa en las riberas del Salsach, río impetuoso que baja de los ventisqueros espumarajante y verdín. Las montañas encierran á esta ciudad única en un anillo de crestas, bosques y acantilados. Con verde y blanco pudiera simplificar un pintor todo el paisaje salzburgués. Verde en las praderas, esponjoso, blando; verde negruzco en los parasoles de los pinos; verde grisáceo en los infinitos abetos que trepan por las laderas; verde glauco, con ráfagas albas, en las aguas del río; verde gayo en los jardines; verde azulado en los horizontes imprecisos, que la niebla vela.

El aire es fino y montaraz. Huele á hierbas del monte; vibra en los oídos como una cuerda musical muy sutil.

Príncipes arzobispos tuvieron en Salzburgo su corte, antes de que la hermosa población pasara á manos de Austria. De aquel remoto tiempo, le ha quedado su carácter aristocrático, un poco desvahido y moroso.

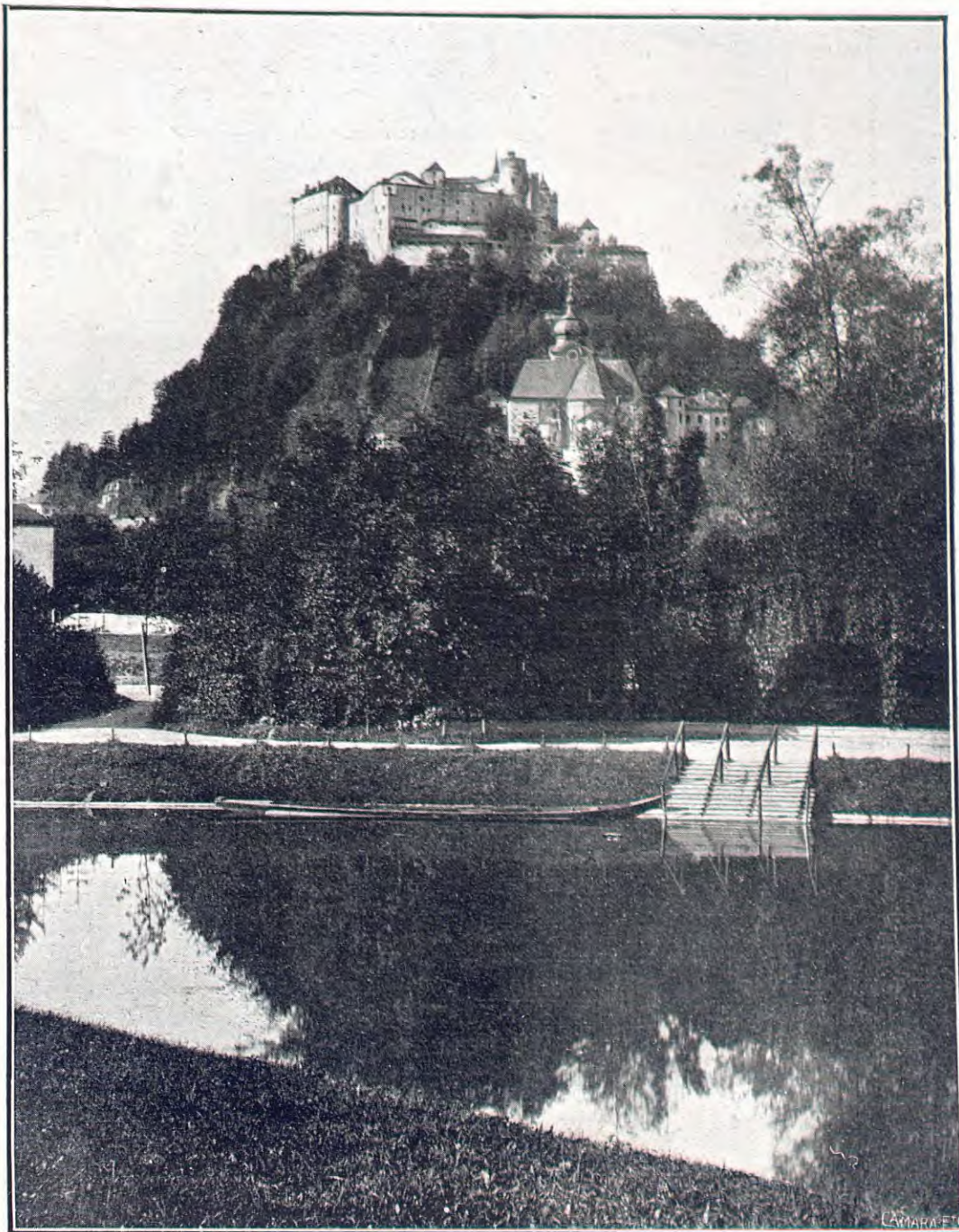
Hogaño es una residencia archiducal con palacios amarillentos y verjeles espléndidos. Diríase una dama noble retirada del mundo.

Las piedras están manchadas por los años; los hoteles grandones, destartados, ornados con cortinas de cretona florida y litografías, en color, á la moda de hace un siglo, están en armonía con los bombés, birlochos y sillas de postas que hacen alto á sus puertas.

Un sacerdote, unos niños que juegan, una señora valetudinaria, son los huéspedes actuales de estos pensiles galantes, sobre cuyas frondas recortadas destaca la albura, un tanto tostada, de mármoles centenarios.

A veces un coche anticuado, un landó con enormes escudos, cocheros de librea blanca y galones de plata, se para en una encrucijada. Una dama sencillamente vestida, acompañada quizás de una niña rubia, baja de él muy despacio.

La dama es alta, tiene el cabello gris, los ojos azules y fatigados. La esbeltez de la niña se viste de blanco. Las manos pálidas, la línea de su



Parque de Francisco José, en Salzburgo



Jardín y palacio de Mirabell, en Salzburgo

perfil romántico y un cierto cansancio juvenil nos hablan de dinastías muy viejas é ilustres.

Los contados paseantes del jardín se detienen llenos de respeto para saludar á las recién llegadas, con largas y profundas reverencias, que dicen de una raza educada en la Monarquía.

Las princesas responden cortes con una sonrisa tenue. Y hay en este minuto nimio y pasajero, en estas archiduquesas melancólicas que recorren un parque secular, tal gracia antigua, tal perfume reconcentrado de cosas pasadas, que toda el alma difusa de Salzburgo parece concretarse momentáneamente en aquella escena de abanico.

Un hombre barbudo, anciano jardinero, ofrece á las altezas un ramo enorme de rosas, que ellas aceptan.

Tras las princesas, á distancia conveniente, marcha un lacayo octogenario. La comitiva se pierde en un recodo del parque.

Y el jardín vuelve á su silencio provinciano, á su paz de letargo que ahora engalana con sus notas un ruiseñor, un ruiseñor que en el Ritz de París ó Londres nos parecería, fuerza es decirlo, un poco cursi.

Melchor DE ALMAGRO SAN MARTÍN

Las señoras de compañía



La impunidad con que jaurías de chulos y de señoritos chulos acosan, en el centro de Madrid y cuando están las calles llenas de gente, á las mujeres que van solas, es un balón para la Corte y una afrenta para nuestras inútiles autoridades.

A mediodía están las Cuatro Calles intolerablemente obstruídas por una turba de «maletas», de «golfillos y de señoritos «bien», todos los cuales, en cuanto pasa una mujer sola, se lanzan sobre ella como moro á pasa, la rodean, se hartan de decirla obscenidades y, en ocasiones, intentan pasar de las palabras á las obras.

Más de una vez hubimos de protestar contra semejante ignominia, logrando que nuestros artículos, tras comentarse en varios colegas y dar

origen á una interpelación en el Senado, inspirasen á la autoridad saludables medidas de rigor decente. Pero otra vez esas innobles jaurías vuelven á las andadas y otra vez hemos de salirlas al paso, pidiendo, por decoro de Madrid y por la dignidad del nombre español, que acabe de una vez tanta vergüenza, mejor dicho, tanta desvergüenza.

En Madrid, las mujeres solas no pueden salir á la calle. Cierta dama extranjera, comentando tan triste observación, nos habló días pasados de su desencanto por la vieja hidalguía española. Pasamos un rato mortal. Bien sabe Dios que un color se nos iba y otro se nos venía cada vez que la ilustre dama, recordando antiguas anécdotas de Quevedo, de D. Beltrán de la Cue-

va ó de D. Juan de Tarsis, mostraba su estupor ante la grosería, la procacidad, la cobardía y el cinismo de nuestros mozalbetes contemporáneos.

El tema nos llevó á tratar de la necesidad de las «señoras de compañía», necesidad eminentemente española, puesto que en casi todos los demás países las mujeres pueden ir solas á todas partes sin que nadie, y menos un señorito, las persiga, y menos las ofenda.

En la conversación salió á relucir la «dueña», que ahora precisamente, con ocasión del Centenario de Cervantes, renueva sus laureles celestinescos en el pleito de «La ífa fingida», doña Claudia de Astudillo y Quiñones.

Se cree generalmente que las «dueñas» desempeñaban funciones análogas á las actuales

«señoras de compañía» y que eran siempre mujeres de cierta edad, como la «Dueña dolorida», del *Quijote*, ó la «Brígida», del *Tenorio*. Sin embargo, leyendo á Zabaleta (*Día de fiesta*), á Francisco Santos (*Día y noche de Madrid*), á Quevedo y al sutilísimo bufón D. Francesillo Vizcardi, podríamos restablecer exactamente la distinción entre «dueñas» y «damas de estrado y calle», y afirmar que las mismas «dueñas» eran viejas (las «quintañonas») ó jóvenes (las «doncellas de compañía»).

Por cierto que, de creer á Stendhal, las damas españolas de cierta época, no tenían «dueñas» ni «doncellas de compañía», sino «caballeros criados». Al contar en la *Vida de Napoleón* la sorpresa de los oficiales franceses viendo que las señoras italianas tenían todas su «caballero criado» que, con permiso y hasta con orgullo del marido, iba con ellas á todas partes públicamente, el admirable escritor añade:

«Esta moda, que parecía tan extraña, procedía de un pueblo austero: los españoles que gobernaron á Milán desde 1526 á 1714. Estaba mal que la mujer de un español fuera á misa llevada por su marido; hubiera sido muestra de pobreza ó al menos de insignificancia; el marido debía estar lejos, llamado por sus grandes ocupaciones.

»Una dama debía salir del brazo de su escudero. Esto era lo notable y lo hidalgo entre españoles. De aquí ocurrió que como los burgueses no tenían escudero, un médico llamó á un amigo suyo, abogado, rogándole que diera el brazo á su mujer (á la del médico, naturalmente) en todos los lugares públicos.

»En Génova, entre las familias nobles, el contrato de esponsales iba firmado por el futuro «caballero criado». Bien pronto fué del mejor tono tener un «caballero criado» soltero, condición que se vinculó entre los primogénitos de familias nobles. Poco á poco el amor se aprovechó de la costumbre y, al año ó los dos años, las mujeres habían reemplazado á los «caballeros criados», escogidos por sus maridos, con los jóvenes de su intimidad.»

Las modernas «señoras de compañía» suelen ser viejas, como las antiguas «quintañonas», pero tienen origen menos plebeyos y sus celestinos pocas veces traspasan los rígidos umbrales de la decencia.

Estas pobres señoras proceden de familias venidas á menos y arrastran una vida lamentable. Generalmente se las paga poco: seis duros, diez duros, cuando más, por acudir mañana y tarde, durante cuatro ó cinco horas, y recorrer con la lengua fuera—detrás de la señorita y del

novio, ó al lado de la señorita sin novio, que es peor aún—iglesias, tiendas, «cines», paseos y «todas las calles y callejuelas que tiene Madrid».

¿Qué van á hacer estas mujeres con seis ó diez duros al mes y teniendo que ir por lo menos decentitas? Las que no son ni pensionistas ni profesoras de piano—casi todas son una ó las dos cosas—han de admitir, con gran dolor de su altivez profesional, regalillos y propinejas de novios ó de pretendientes. ¿Y quién quita que un novio dádívoso se tome ciertas inocentes libertades? ¿Quién repara en sí un pretendiente espléndido hace tal ó cual seña atrevida?

La «señora de compañía»—una desilusión envejecida, fondona y triste, más sola que un hongo y más escéptica que Diógenes el Can—produce esa impresión, entre sentimental é irónica, de lo grotesco trágico. Puede ser su sombra burlona, insinuante y terceril—Celestina ó La tía fingida—; mas también puede ser la sombra respetable y triste de una infeliz mujer que acaso tuvo, en plena juventud, un hogar confortable y digno y que hoy, envejecida y envejecida, come el pan ajeno entre lágrimas.

CRISTÓBAL DE CASTRO

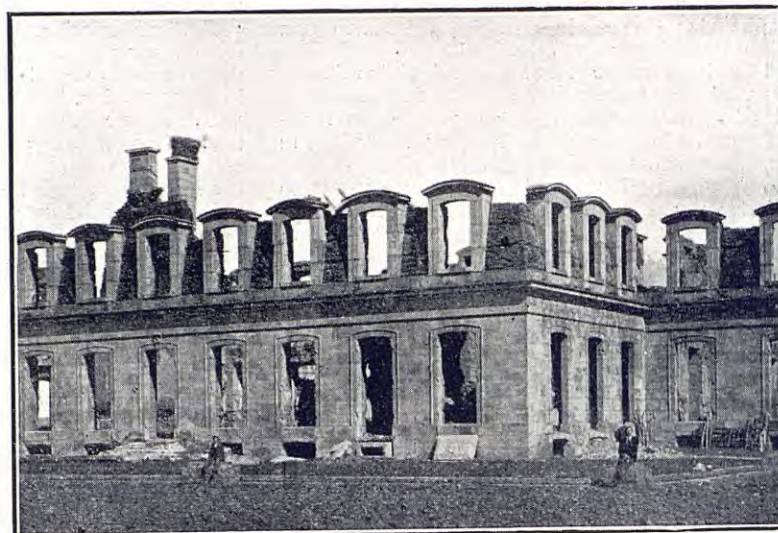
DIBUJOS DE RAMÍREZ



DE LA VIDA CASTELLANA
SENSACIONES Y RECUERDOS



Iglesia parroquial de Piedrahita, que en otro tiempo fué palacio de la reina doña Berenguela



Ruinas del histórico palacio de los duques de Alba, en Piedrahita, en la provincia de Avila

PASAN lentas las horas de este día, engendrando una tarde mimosa y perfumada que esparce por los campos, pletóricos de vida, la mordera embriagadora y enervante de la voluptuosidad. Tarde ardorosa... Horas sublimes del amor...

Acogidos á la sombra de los bardales opulentos, dormitamos tumbados en la cañada verdeante, junto á las aguas mansas del transparente río que atraviesa el pintoresco valle del Corneja. Es el valle que, en añejas edades, inspiró á los poetas. Es el campo que, en pretéritas épocas, modeló á los guerreros. Es la tierra que al presente derrocha lozanía, premiando la ruda labor del labriego.

Desperézase el cuerpo y encántase el espíritu con la vista de la mole grandiosa de la sierra abrupta, colocada como corona del oasis donde rematan las pardas planicies de las duras estepas castellanas.

Y vemos la ciudad que duerme sosegada en el regazo cariñoso de estos campos, comparables tan solo á los descritos por el insigne cantor de Las Geórgicas.

Es la ciudad que en el recinto austero de sus gloriosos muros, custodió á los héroes legendarios de otros siglos. Mansión deleitosa en que aún resuena el eco tentador de los besos que alegres cortesanas prodigaban. Retiro apacible donde el misticismo secular flageló los cuerpos y donde el arte inmortal ennobleció las almas.

Es la villa señorial de los Valdecorneja, todos guerreros, todos héroes, todos grandes...

Duerme, ciudad, en el regazo cariñoso de estos campos, con el dulce sopor de los recuerdos fenecidos. Así duerme también la patria grande. El que duerme descansa. Es la hora de la siesta.

Yo, mientras tanto, arrullaré tu sueño, cantando la canción de tu pasado esplendoroso. Una canción en prosa, sin cantares, sin lira y sin arpegios. Es la canción de las edades muertas.

Tiempos de espanto y de dolor han sido siempre aquellos en que la sangre de los hombres corre por las montañas y desciende á los valles, tiñendo los arroyos con el color del fuego.

Y así eran de menguadas las horas de la raza en el reinado doloroso de la madre del rey santo. El pendón turbulento del rebelde se agita en los abrasados eriales de Castilla. Solo en las frondas mansas de Valdecorneja tiende la paz augusta sus alas silenciosas.

Y la dama que deja el esplendor de una corona, recógese al alcázar olvidado de los años mozos, donde su espíritu, maltrecho en los embates de la vida, encontrará el sosiego á los quebrantos del reinar.

Y hallóle tan completo, según dice la fama, que su alma bien nacida entregó generosa á la ciudad el regio alcázar convertido en humilde casa de oración.

Allí el creyente de mil generaciones ha buscado consuelo á sus pesares, sin elevar, quizá, un recuerdo agradecido á la memoria atribulada de la reina Doña Berenguela de Castilla. ¡Es fementida ley humana el olvido del bien y del favor!

Van engarzándose los eslabones de los años en la cadena infinita de los siglos, y, agarrados á ella, van pasando de la vida á la muerte los hijos de los hombres.

Caen los del montón en las tinieblas y solo los elegidos dejan la estela de la luz.

Con ella por bagaje marcha el recuerdo de sus hazañas por el mundo.

Y así llegó á nosotros el nombre, á la par esclarecido y maltratado, del gran duque de Alba.

Hijo ilustre de la ciudad que duerme sosegada, otorgóla el recuerdo de sus timbres gloriosos.

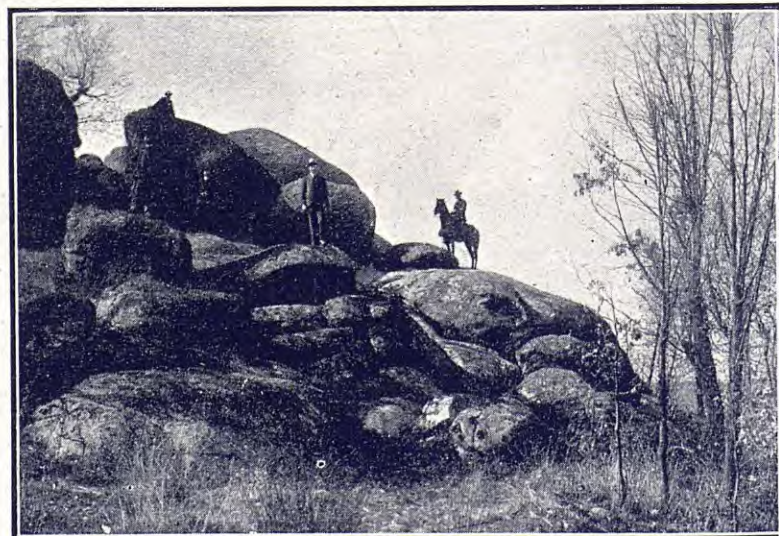
Y aún se respira en el ambiente de estos campos la austeridad y la grandeza que dejó en ellos derramada aquel caudillo, cuya vida no tuvo otra misión que servir á su patria con largueza, recibiendo, como pago, su memoria el dictado ominoso de cruel.

Yo sé que fué clemente y he visto que su alma se ha vengado. Las oleadas de sangre que la brutalidad humana derrama á esta hora en la campiña, han dejado cubierto para siempre el espectro de Egmont.

¡Es hora de colocar la mano en la conciencia, antes de lanzar anatemas al pasado!



Medalla con el busto del Gran duque de Alba, don Fernando Alvarez de Toledo, que se conserva en el Museo de Arte Histórico de las Casas Imperiales de Viena, y cuyo facsímil se guarda en el Ayuntamiento de Piedrahita



Vista del río Corneja y paisaje de las afueras de Piedrahita



Paisaje de los alrededores de Piedrahita

Nace en el bárbaro fragor de los combates la tierna florecilla cuyos fecundos brotes esparcen por la tierra el germen sacrosanto de la paz.

Y al extinguirse las razas de guerreros, invaden sus dominios las hadas misteriosas que ligan á las almas con el ansiado beso del amor.

Esta es la ley que fué cumplida en la guerra-casta de los señores del Corneja, cuyo último retoño trocó en caricias pródigas, los bélicos ardores de su estirpe.

Háblannos todavía las bóvedas desechas del señorial palacio, de aquellas cosas típicas de la genial María Teresa.

Goya, Quintana, Meléndez-Valdés, Iglesias, Bails, Condado... en consorcio amigable con el imbécil *Epitafio* y con el marrullero *fray Basilio*...

Noches divinas al refugio de la espléndida mansión; flechazos del amor; arrullos del placer; aleteos del arte sublime é inmortal. Y como centro de sus destellos augustos y de las pasiones humanas desbordadas, la egregia figura de la gentil duquesa, obstando entre sus rancios títulos, como contrapeso á sus mundanas culpas, el divino de madre de los pobres, ángel perpétuo de la caridad...

Muere la tarde mansamente con matices de púrpura en el ocaso azul.

Toca la campana la oración de la noche, mandando, por el valle placentero, las estridentes notas de su metálica sonata.

Suben hacia el poblado las cuadrillas de escardadoras, elevando al espacio la música triste y agorera de los viejos romances que cantaba el juglar. Es el momento místico de la poesía del campo, que todos los ojos debieran mirar, para que todas las almas supieran sentirlo...

Jesús LUNAS ALMEIDA

Piedrahita, Junio 1916.



Pintoresca vista de las montañas de Piedrahita



MANOLA

Hija del pueblo, manola
 flor de piedad y verbena,
 con negros ojos de pena,
 con bizarras gallardías de española
 y encendido corazón de nazarena.
 Mi recia altivez se humilla
 al llegar á tu ventana
 donde el sol de tu belleza maravilla,
 porque no puedo ofrecer á tu mantilla
 el trofeo de una capa color grana.
 Yo te he soñado rendida
 de amor, en una calesa

de magníficos arros guarnecida,
 paseando en la Florida
 como una maja-duquesa
 lbas regia, toda llena de claveles
 y entre un loco revolar de cascabeles,
 como en su estuche una joya,
 y buscaba para luz de sus pinceles
 la luz de tus ojos Goya.
 Serrana,
 tienes gracia de chispera,
 maldiciones de africana
 y arrullos de petenera.

En los jardines reales
 nació una rosa galana
 que cortaron unas manos señoriales
 para adornar tu ventana.
 Y en los hierros florecidos
 hay guardianes que vigilan escondidos
 el incendio de tus ojos de sultana
 Manola,
 deben tocarte á tí sola
 por chispera y por gitana,
 la Marcha Real española.

José MONTERO



LA PASTORA

AQUEL coche extraño, rojo por fuera como la sangre y blanco por dentro como la nieve, aquel coche «que andaba solo», se detuvo á la entrada de la única calle del pueblecito, y de él descendieron una señora deslumbrante de hermosura, de amable elegancia y de juventud; un señor cincuenteno, ágil todavía y de muy noble preestancia; y un lacayito vestido exóticamente con calzones blancos, botas altas de charol y levita encarnada; uniforme pintoresco robado á la indumentaria de los Hipódromos y de los Circus.

Cuántas personas había en el villorrio—niños y mujeres, los hombres estaban en el campo—agolpáronse á las puertas de sus viviendas para ver á los recién llegados. Ella, «la señora», calzaba primorosos zapatitos de terciopelo, y sus grandes ojos luminosos y sus labios ligeramente pintados, miraban felices á todas partes; á veces deteníase á acariciar algún chiquillo, y su mano sobrecargada de gemas preciosas, su mano pálida, fina y rutilante, de reina oriental, palpaba afectuosa la intensa pelambreira. El caballero, de noble porte, asentía á cuanto la dama hacía, con ademanes y sonrisas cordiales. El lacayito caminaba muy atrás, la mirada en alto, para no enterarse de si se burlaban de él...

Al final de la calle, los forasteros se detuvieron, y absortos ante el panorama quedaron largo rato. La dama observaba la iglesia, las casas, los árboles, las montañas azules que acoataban el horizonte, un camino que acababa en una fuente; y á intervalos hondos suspiros la subían á los labios. Era el Recuerdo, lo que la ponía triste. Luego, los tres, con cierta precipitación, regresaron al automóvil, y el coche partió. Pronto no fué más que una manchita gris en

la carretera, y aquella estela de polvo que dejó tras sí, era en el aire como un silencio.

Todos los vecinos de la aldea se habían reunido en grupos, para hablar de la viajera.

—¿Quién es esa señora, madre, que parece una reina?—preguntó un rapaz.

—Es la dueña del pueblo—dijo una mujer.

—¿La dueña de este pueblo?—interrumpió alguien—; ¿acaso lo ha comprado?

—Sí.

—¿Tan rica es?

—Aseguran que posee millones.

—En el pecado y á riesgo de condenar su alma los habrá ganado—exclamó un viejo.

—Esa señora es de aquí, nació aquí—dijo una moza—; mi madre me lo ha contado.

—¿Fué amiga de tu madre, quizás?

—Eso creo, cuando eran chavalas las dos.

—¿Pues qué años tiene entonces?

—Cuarenta, por lo menos...

Así, poco á poco, en aquellas bocas murmuradoras, la historia de la dama fué resucitando.

Se llamaba Gregoria, y de moza pastoreó ovejas. Todos los hombres la codiciaban; era alta y robusta—parecía una Walkiria—y en sus anchas pupilas había una impaciencia tan punzante de ver, de curiosar, que más que deseo era desesperación y melancolía. A la puesta del sol, la hora del ruiseñor y del Ensueño, la hora en que el espejo de los ríos y de los lagos comienza á aljofararse de reflejos astrales, la pastora llevaba su rebaño á abreviar á un arroyo. Sentada en una piedra, junto á la orilla, veía reflejarse su imagen en el agua, filante y límpida, que la noche iba llenando con el misterio de los cielos. A veces llevaba en brazos el último recental, el más pequeño, al que por obra de una

sencilla vinculación de imágenes acercaba á su pecho con inefable emoción maternal. Todo á su alrededor era quietud profunda, y en la penumbra crepuscular rápidamente los límites del paisaje se embrollaban y los árboles adquirían perfiles fantásticos. Del fondo herboso y obscuro, las ovejas, iluminadas por la luna que acababa de asomar su frente entre dos alcores, se removían con un bullir alucinante de siluetas blancas.

De pronto, á lo lejos, todas las tardes, sonaba el silbido de un tren; y, al oirlo, la moza, que parecía dormir, que parecía rezar, violentamente erguía la cabeza... y las ventanas de su nariz se dilataban y por sus ojos negrísimos pasaba un fulgor. ¡Irresistible alianza de emociones!... Aquel tren, todo impulso y estrépito, que se iba...; aquel rebaño, callado y obediente, símbolo de la docilidad, de la vulgaridad...; y luego, la seguridad de su hermosura, la convicción de que era bella y de que la belleza alcanza, cuando menos, la omnipotencia del oro. ¡Oh, sí! Ella sabía su fuerza, porque los ojos de los hombres se lo habían dicho, y lo que es hermosura en la hembra es, por obra del Deseo, sumisión en el macho. Y, siendo ello así, ¿pastorear ovejas ó pastorear hombres, no era lo mismo?...

Con este pensamiento, que llegó á ser obsesión, la moza una noche abandonó su rebaño y subió á aquel mismo tren que tantas veces la había llamado. Y más tarde Gregoria fué artista y visitó París, y estuvo en Rusia.

Esta es la historia—cuento de hadas parece—de aquella dama cuyos dedos enjovados resplandecían como un ventanal hervido por el sol.

EDUARDO ZAMACOIS

FOT. CASAS ABARCA

AUTORES CÉLEBRES

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

TRÁTASE de una personalidad de altura, de marcado relieve en la literatura española...

Después de una accidentada, inquieta y turbulenta juventud, durante la cual se dió á conocer como inspirado y elegante poeta subjetivo, como audaz agitador revolucionario, como periodista político de imprudente y temeraria acometividad y como soldado y á la vez cronista de aquella nuestra primera guerra de Africa, Don Pedro Antonio de Alarcón fué uno de los primeros novelistas del siglo pasado, partiendo el campo por igual con D. José María de Pereda y D. Juan Valera, que si el primero le aventajó en el purismo de la frase y el segundo en la corrección de la forma, él superaba á los dos en la brillantez del estilo, en la viveza de imaginación y en la profundidad del pensamiento, cualidades en las que no tuvo rival.

En ocasiones la crítica no fué justa con él, que bien pudo decir con tal motivo:

«Ya me comen, ya me comen por do más pecado había.»

Cuando escribió *El sombrero de tres picos*, *El final de Norma* y otras novelitas de reducidas dimensiones, que más bien son cuentos, dijeron los críticos que era una eminencia para la novela corta, el mejor de nuestros escritores en dicho género, el Alfonso Karr español; pero que no podía ni siquiera intentar la novela formal, propiamente dicha, de larga extensión y amplio y complicado argumento, porque no tenía gran inventiva. No le cabían en la cabeza, al decir de aquellos críticos, más que asuntos pequeños.

Andando el tiempo, y ya en la edad madura, cuando estaba en la plenitud de sus facultades, escribió *El escándalo*, *El niño de la bola* y algunas otras novelas de llamado género grande, y entonces se vió, sin que los críticos pudieran negar la evidencia, que lo mismo en la corta que en la larga era un novelista insigne, verdaderamente excepcional.

El escándalo, cuya publicación señala una evolución política y religiosa en la vida del autor, aparte su tendencia, que es un defecto para muchos (en cuyo número se cuenta el que esto escribe), como obra literaria es hermosísima, y tiene la primera y más esencial condición de la novela: el interés de la narración, un interés vivo, palpitante y creciente que cautiva y subyuga la atención del lector desde la primera hasta la última página, sin que sea dable interrumpir la lectura hasta llegar al final. Por cierto que la aparición de *El escándalo* produjo un escándalo verdadero en los círculos políticos y literarios por el cambio de ideas que revela en el autor, como se indica más arriba. De esta novela van muchas ediciones, lo menos veinte.

El mismo subyugador interés que *El escándalo* tienen *El niño de la bola*, *La pródiga*, *El capitán Veneno*, y, en suma, todas las novelas de Alarcón, cortas ó largas, chicas ó grandes. Y como además del interés tienen forma bellísima, resultan de mérito sobresaliente y de irresistible atracción.

Además de novelista insigne fué periodista literario y político, distinguiéndose notablemente por sus artículos filosóficos, sociales, de costumbres y de viajes, y por su crítica contundente y acertada, más superficial que formalista. Sus artículos *La Nochebuena del poeta*, *Lo que se ve por un anteojo*, *El cornetín de llaves* y muchos más, llamaron poderosamente la atención, fueron efusivamente elogiados y se reprodujeron infinitas veces. Colaboró asiduosamente en *La América*, *El Museo Universal*, *El Semanario Pintoresco*, *La Ilustración*, *El Eco Hispano Americano*, *El Mundo Pintoresco*, *El Correo de Ultramar*, *La Epoca* y otros, siendo al propio tiempo redactor de plantilla de *La Discusión*.

Don Juan Valera que además de ilustre novelista era crítico eminente, en un prólogo que puso en 1870 á las *Poesías serias y humorísticas* de Alarcón, dice entre otras cosas:

«Es otro vicio el cesante sermonear, acudiendo á todos los lugares comunes del Lárgaga, y otro la afectación de un espiritualismo severo que condena todo lo que no es mortificación de los sentidos, conversación interior y retraimiento del mundo y de sus pompas, de todo lo cual dista el poeta muchísimo en la práctica de la vida.

»El Sr. Alarcón no peca por ninguno de estos

lados. Es un poeta natural. En prosa y en verso es siempre el mismo.»

«El Sr. Alarcón ha aminorado con el estilo propio de un género de poesías poco cultivado antes por los españoles. Teníamos el estilo jocos, el satírico, el grave, el sentimental; pero no el humorístico, que es como una mezcla armónica y suave de todos ellos, donde no deben parecer duras y violentas las transiciones.»

No obstante los cariñosos y efusivos elogios de Valera, Alarcón brilló mucho más como prosista que como poeta, y hasta se puede afirmar que era más poeta en prosa que en verso. Con su libro de *Poesías serias y humorísticas* no hubiera logrado, ni con mucho, la fama que alcanzó con una de sus novelas, *El sombrero de tres picos*, por ejemplo.

Nació D. Pedro Antonio de Alarcón en Guadix, provincia de Granada, el 10 de Marzo de



D. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

1835. Estudió filosofía con un sabio exclaustro de la Orden de San Francisco, en el seminario de su pueblo. Graduóse de bachiller en Granada á los catorce años, y emprendió la carrera de leyes en aquella Universidad; pero su casa vino á menos, el patrimonio paterno era escaso para atender á las prementorias necesidades de diez hijos, de los cuales Pedro era el cuarto y, de la noche á la mañana, vióse obligado á permutar la jurisprudencia por la teología; regresó á Guadix y volvió á ingresar en el Seminario, donde empezó á estudiar para sacerdote.

Desde sus primeros años tuvo aliciones literarias, y cuando contaba quince de edad hizo representar dos dramas suyos en una especie de Liceo que había en su tierra. El éxito brillante que obtuvieron sólo sirvió para mortificarle, al verse confinado en un pueblo donde no podía realizar sus aspiraciones. Desde Guadix, y en combinación con un amigo, fundó un periódico en Cádiz, *El Eco de Occidente*, el cual en poco tiempo le produjo lo necesario para realizar su vehemente deseo. Huyó de la casa paterna el 18 de Enero de 1855, y del primer salto se plantó en Cádiz; dió nueva organización á su periódico y al cabo de un mes hizo su entrada en Madrid.

A poco de encontrarse en la villa y corte hubo de volver á su pueblo por haberle tocado la quinta. Libróronle sus padres del servicio militar y en seguida se estableció en Granada, donde formó parte de un grupo de jóvenes que se denominó *La Cuerda*. Allí le sorprendió la revolución de 1854. A este propósito dice uno de sus biógrafos:

«Alarcón tenía veintiún años y se lanzó á ella (á la revolución) con todo el entusiasmo de su independencia y de su carácter. El acaudilló el

movimiento insurreccional de Granada; sorprendió un depósito de armas que había en la Alhambra, las puso en manos del pueblo, ocupó el Ayuntamiento inmediato, invadió tumultuariamente la Capitanía general y fundó un periódico, *La Redención*, que predicó desde el primer día la incompatibilidad del ejército con la Milicia Nacional y exhortaba al clero á la pobreza.»

Al cabo de poco, y después de dar pruebas de temerario valor personal, se trasladó á Madrid, á donde ya habían recalado sus compañeros de *La Cuerda granadina*. Castro y Serrano, Moreno Nieto, Fernández Jiménez, Manuel del Palacio, Soler, Salvador de Salvador, Vázquez el músico, Vázquez el pintor y algunos otros cuyos nombres escapan á mi memoria. Esta *Cuerda* fué famosa en Madrid.

Alarcón empezó á escribir en *El Látego*, periódico satírico democrático que realizaba una violentísima campaña contra Isabel II. Poco después, y sabiendo el riesgo que corría, se encargó de la dirección de este papel, y él mismo refiere el resultado de su campaña en los términos siguientes:

«A los veintiún años, caballero andante de la revolución y soldado del escándalo, luché cara á cara con el poder más fuerte de mi patria para venir á verme una mañana de Febrero solo, en un campo desierto, á merced de mis enemigos, no sabiendo mi imperita mano defender mi vida, y debiéndosela á una noble genialidad de mi contrario...»

Tan honda impresión le produjo este suceso, que se retiró de la política, permaneciendo nueve años alejado de ella. Durante este tiempo publicó algunas novelas cortas y muchos artículos. Después de haber ejercido la crítica con inusitada dureza, tuvo la candidez de estrenar un drama, *El hijo pródigo*, en el teatro del Circo. El público imparcial aplaudió la obra; pero los muchos enemigos del autor la *machacaron* de tal suerte que sólo dió tres ó cuatro representaciones, jamás reincidió.

En 1859, al declararse la guerra de Africa, á ella fué como voluntario; peleó por el honor de la bandera, fué herido, y, en el fragor de la pelea, escribió esa crónica maravillosa que lleva por título *Diario de un testigo*...

Después de la guerra hizo un largo viaje por el extranjero, del cual viaje surgió su renombrado libro *De Madrid á Nápoles*.

Como en Africa había contraído amistad con el general O'Donnell, el antiguo demócrata revolucionario se hizo hombre de orden é ingresó en la unión liberal, que dirigía el caudillo de Africa como es sabido.

Influyó en la revolución de Septiembre de 1868, presenció la batalla de Alcolea, acompañó á Ayala al campo enemigo, «cuando fué éste á pactar con los vencidos al día siguiente de la derrota del Marqués de Novaliches», y con el recuerdo de aquellas escenas escribió un bosquejo histórico titulado *Canarias, Cádiz y Alcolea*.

El Gobierno provisional nombró á Alarcón Ministro plenipotenciario de Suecia y Noruega; pero, elegido diputado por Guadix, renunció á su elevado cargo para ocupar su asiento en la Asamblea Constituyente.

Fué varias veces diputado y senador, ingresó en la Academia de la Lengua y ocupó cargos importantes, entre ellos el de Consejero de Estado.

El que empezó su vida política como demagogo la terminó como conservador, ó más bien como tradicionalista teocrático. Estas evoluciones le acarrearón muchas y profundas antipatías; pero hasta sus más encarnizados enemigos no tenían más remedio que reconocer que era un escritor eminente, un novelista insigne, digno, en tal sentido, de todo respeto y admiración.

El 29 de Mayo próximo pasado, á las seis de la tarde, se verificó la solemne ceremonia de descubrir la lápida conmemorativa erigida por el Ayuntamiento de Madrid en la casa número 92 de la calle de Atocha, donde vivió muchos años, y murió en 1891, el brillante escritor é inmortal novelista D. Pedro Antonio de Alarcón.

Fué cumplido caballero, amigo leal y cariñoso y de un trato aménisimo, por ser un ingenioso y admirable conversador. La buena sociedad madrileña le llamaba el *último abencerraje*...

LA ESFERA

DE LA VIDA GALLEGA



A LA SOMBRA DE LA CRUZ, dibujo de Sobrino Buigas

MONUMENTOS POPULARES

TORRES VALENCIANAS

Quizá por haber jugueteado de niño al pie de su estatua, y por haber sentido, de mozo, las agonías del mal estudiante en vísperas de examen universitario, relaciono siempre todo cuanto se refiera á la ciudad-jardín— como llamó á Valencia Ben Farach de Elvira— con D. Jaime el *Conqueridor*, aquel extraordinario y complejo Rey que igualmente prohibía el levantamiento de su tienda del Poyo de Santa María ó del Puig, al marcharse á las Cortes de Monzón, hasta que se hubiese ido con sus hijitos una golondrina que había anidado en su arandela— *pus en nostra fe era vinguda*, dice en su crónica—, que le cortaba la lengua á Fray Berenguer de Castellbisbal, dominico, obispo de Gerona, por creerle revelador de un secreto de confesonario.

Y á tal punto llega mi obsesión, que para mí como si no hubiese existido el Cid.

Y á bien que no se va así muy descaminado. Estas mismas torres de Serranos lo demuestran. Si no de su tiempo, su hazaña de la conquista rememoran. Hasta el nombre recibieron de los nuevos habitantes que poblaron aquella parte de la ciudad á consecuencia del reparto que el Rey hizo de ella entre los hombres que le ayudaron á tomarla. Así esta puerta como la calle á que daba salida se llamó de Serranos porque tocó á los naturales de la Serranía de Teruel y Calatuyud.

Y si no obra suya, lo fueron por su merced de consignar su cesión de los muros y valladares á la ciudad: *Omnis muros et barbicanas, valla et plateas curtatis Valentice*, merced completada con el aditamento de que interesando á todos en igual manera la limpieza y la defensa de la ciudad, ninguno, sin excepción de clase, se eximiese de contribuir á aquellas obras.

Por privilegio de Pedro IV instituyóse una administración especial, la Junta de la *Fábrica de Murs y Valls* cuyo objeto era la conservación y reparación de murallas, valladares y principales caminos de la Jurisdicción de Valencia con los recursos que proveyesse una *sis*a de once dineros por cahiz de trigo pagadera en el almudín. Esta Junta acometió y realizó entre otras obras que no es del caso hablar ahora, la edificación de las Torres de Serranos y del Miguelete en las fechas que se dirá.

La Puerta de los Serranos (*dels Serrans*) existió ya en el recinto árabe de la Ciudad. Llámala de los Roceros la crónica del Cid, denominación que cambió luego por la de Troteros ó Roterós.

Teodoro Llorente, el llorado cronista que tanto y tan bien amó, cantó, enalteció é historió á Valencia, y á quien hemos de recurrir siempre cuantos queramos referirnos á algún trozo del pasado valenciano, cree posible que el portal fuese el mismo de los moros, conservado al construirse las murallas nuevas, fundándose en que en 1377 había allí una sola torre, según el sistema de los sarracenos: junto á cada puerta—dice—una torre alta y fuerte para guardarla y no dos como luego se usó combinando la defensa con el ornato.

Según los libros de la *Sotzobrería de Murs y Valls*, en 6 de Abril de 1392 se pagó la piedra que por orden de los jurados recogíase en calles y casas para levantar de nuevo el Portal de los Serranos, y el 19 de Marzo de 1398 se pagaba la limpieza de los escombros de las torres ya concluidas.

Fué el alarife constructor de aquellas hermo-



Las torres de Serrano, de Valencia

sas torres Pedro Balaguer, modesto operario, *picapedrer*.

Lo primero que suele ocurrírsele á las mientes á muchos que observan obras de grandiosidad como estas Torres, es que debieron costar mucho y que el arquitecto debió ganar no poco con aquella edificación. ¡Craso error, como puede verse por la siguiente muestra!...

En las listas de jornales aparece Pedro Balaguer pagado con cuatro sueldos y medio y, cuando más, con seis (poco más de una peseta). Se le abrió mientras duraron las obras, el alquiler de la casa, importante 198 sueldos al año (unas 36 pesetas), se le regaló tela para un traje y al terminar las Torres se le hizo un donativo, relativamente espléndido, de 4.400 sueldos (algo menos de 900 pesetas).

Inspiróse para la traza en las torres del Monasterio de Poblet, á donde fué igualmente que á otros puntos de Cataluña en viaje exproreso por orden de los jurados de Valencia para ver portales y torres, pero logró superarlas en gran-



La torre del Miguelete POTS. GÓMEZ DURÁN

deza y arte, en serenidad y elegancia.

Y, cambios de la vida: estas bellas torres creadas para defensa y ornato de la ciudad, se convirtieron, dos siglos después de levantadas, en cárceles, primero para caballeros y ciudadanos honrados y más tarde para toda clase de hombres sin distinción de castas. Cárceles tan horribles que de ellas escribió el jurisconsulto Tomás Cerdán de Tallada, en su curioso libro *Visita de la cárcel y de los presos*: ... se sabe por relación de cautivos cristianos que los baños de Argel no son con mucho tan ásperos como la cárcel común de esta ciudad, habiendo de ser muy al revés, pues es lástima ver que en tierra de cristianos y de tantas caridades y donde se hacen otras costas y obras harto menos necesarias, se

tenga tan poca cuenta en cosa de tanta importancia y que se atraviesa la vida de tantos pobres que mueren en ellas estando presos á las veces por deudas de poca cantidad...

Y, pues, se acaba el espacio, digamos algo del *Miguelete*, la hermosa torre de la Catedral, que domina á Valencia como gigante que la custodiara, como padre amoroso, siempre en pie, siempre vigilante.

Su construcción fué ordenada por un gran obispo, hombre de regios alientos como la estirpe de que procedía, la del Conquistador. Jaime de Aragón llamábase también y era primo hermano del rey Pedro IV. Fastuoso y espléndido como cumplía á la sede que ocupaba, de una ciudad que se embellecía y se agrandaba, por momentos, habiéndole parecido mezquina la torre de las campanas de la Catedral, se propuso construir otra que rivalizase con las más insignes de España. Como antes Pedro Balaguer viajara por Cataluña, fué enviado en 1385 Juan Franch para estudiar el campanario de la Catedral de Lérida. En 1381, según la inscripción que aún se lee en la base de la torre, empezaron las obras, que fueron ejecutadas muy lentamente, y en 1425 se dieron por concluidas, aunque sin terminar el «eminente y suntuoso pináculo circuido y adornado de imágenes» que acordó el Cabildo.

Toma su nombre esta torre de la colosal campana de las horas que tiene bajo un vulgar templete. Bautizada la campana con el nombre del Santo del día, el espíritu zumbón é irónico de los valencianos, en vez de llamarla *Miguel* ó Miguel en castellano, le aplicaron el diminutivo de *Micalet* ó Miguelete, aunque su traducción más literal me parece Migueilito. Así, pues, primero se llamó Torre del Micalet al campanario, y después el Micalet á secas ó el Miguelete en castellano.

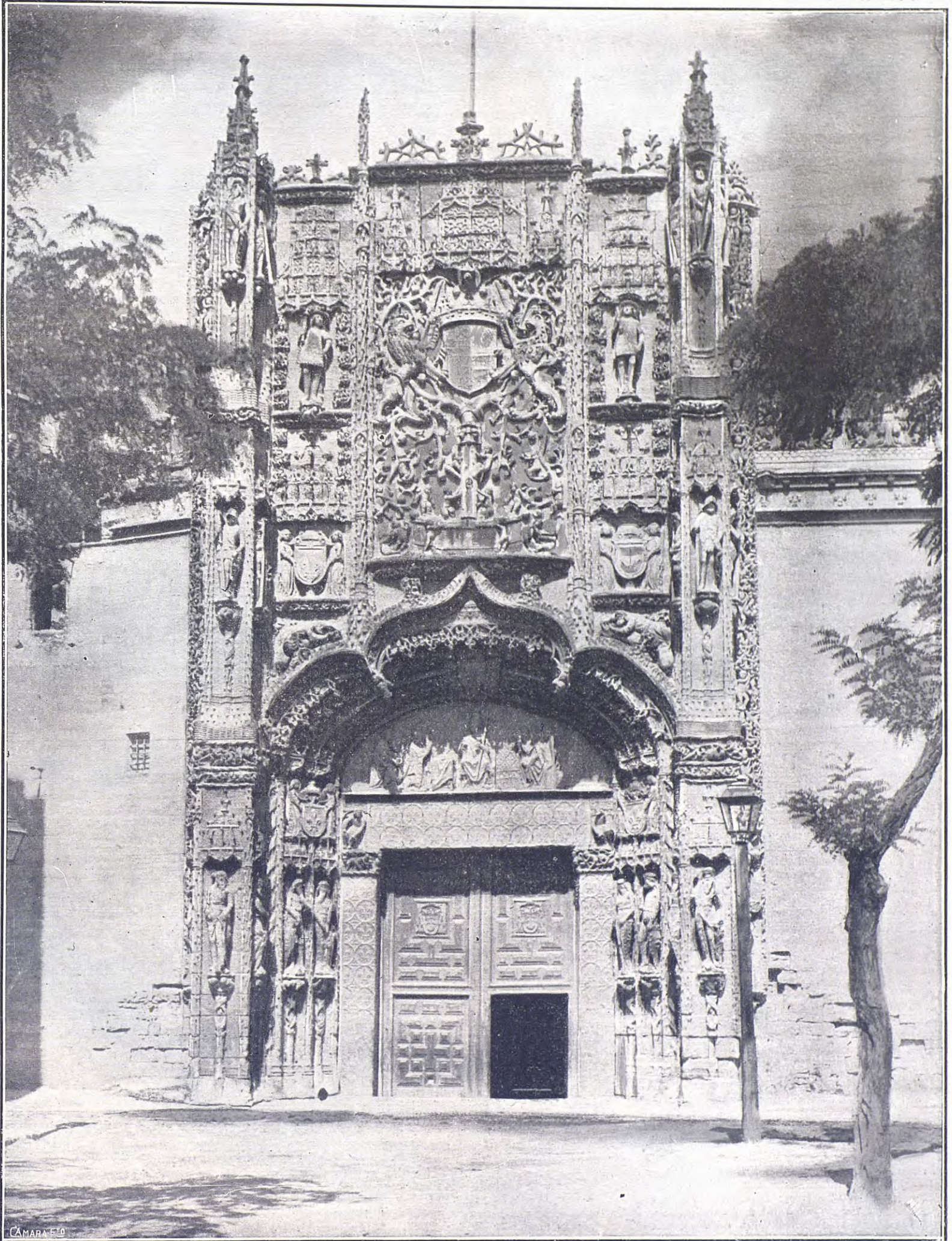
El panorama que se divisa desde lo alto del Miguelete es tan hermoso, que vale la pena de subir las doscientas siete gradas de la escalera de caracol que tiene la torre. La atmósfera es tan pura y tan diáfana—ha escrito un inglés—, que los objetos más distantes parecen hallarse al alcance de la mano.

El Miguelete es, en suma, para los valencianos, lo que la Puerta del Sol para los madrileños: síntesis de su amor á la patria chica; y así como los *gatos* cuando añoran la villa y corte dicen ¡qué ganas tengo de volver á ver mi Puerta del Sol!, los *chés* dicen: ¡qué ganas tengo de volver á ver el Micalet!

Entre éstos me cuento yo ahora...

E. GONZÁLEZ FIOLE

MONUMENTOS ESPAÑOLES



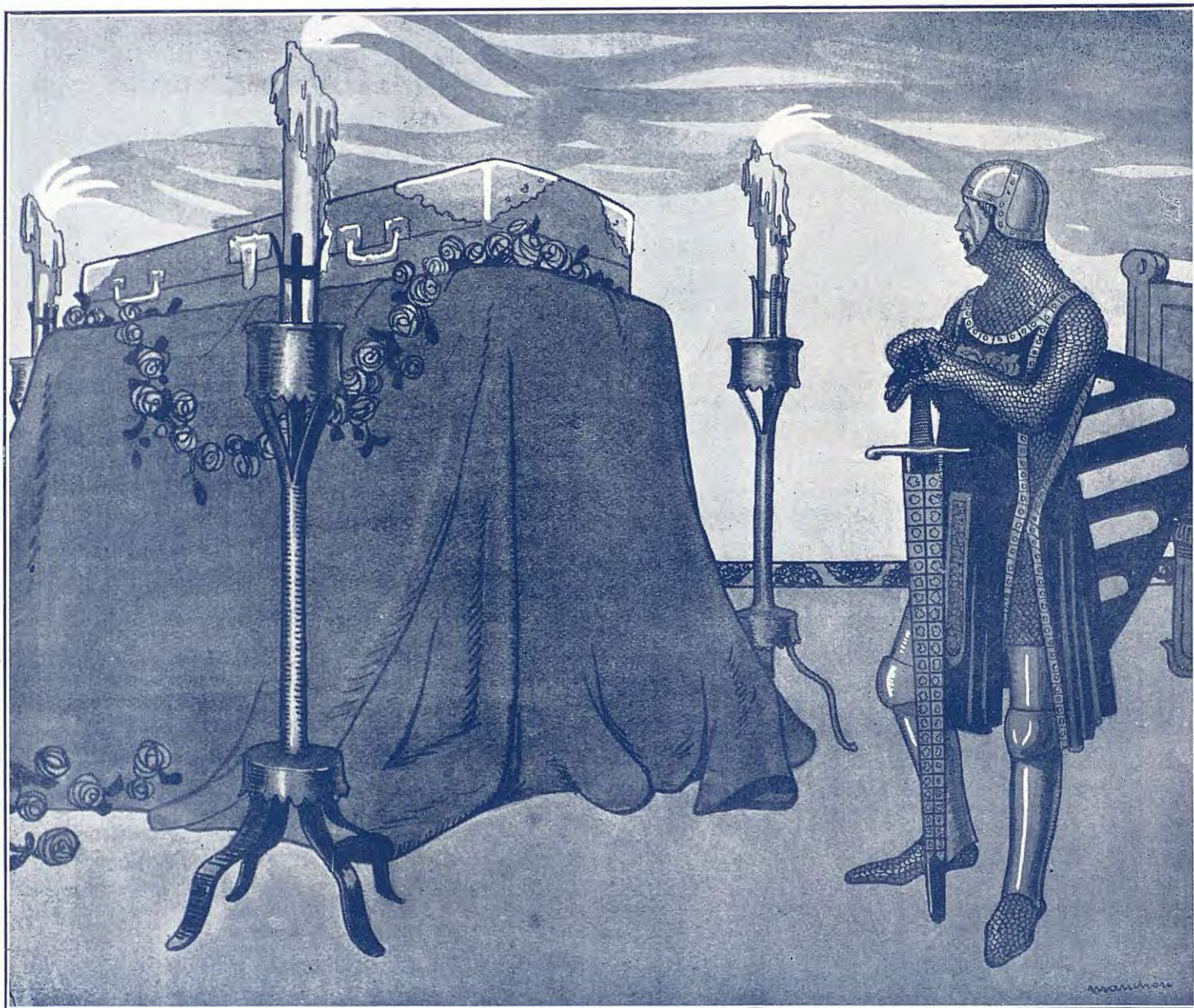
PUERTA DEL COLEGIO DE SAN GREGORIO, DE VALLADOLID

FOT. HIELSCHER

Este edificio fué levantado hacia el final del siglo xv, por orden del muy ilustre Sr. D. Alonso de Burgos, llamado en el mundo religioso Fray Mortero, siendo Macías Carpintero el artífice que trazó los planos. Duraron las obras, no obstante lo allí ignorado de la talla, ocho años solamente. Como decimos antes, el Colegio de San Gregorio es un edificio admirable, que figura artísticamente entre los primeros de España

“LA LEONA DE CASTILLA”

(LEYENDA)



La llanada es amplia, con esa ilimitación grandiosa é imprecisa de las visiones místicas, que emanan de su misterio interior la emoción de lo infinito, sólo cuando su presencia es para nosotros tan únicamente dedicada, que nos absorbe y envuelve en el secreto de su espíritu.

La amplia llanada se extiende sin fin. Es la ancha llanada de Castilla: parda, límpida, suave; en ella vaga libre y recio el espíritu de sus hijos, esa ascética alma de la raza.

La hora del crepúsculo en la llanada de Castilla, tiene la unción de un rito primitivo donde la divinidad, sin más galas que la excelsa emoción de su ambiente, celebra el misterio eucarístico de su conjunción. El cielo y la llanura, ambos por igual, se funden en las lejanías del horizonte, y es el broche que anuda los dos mantos, el de todas las purezas, el supremamente azul y el místico y el pluvial, el que guarda en su seno el misterio germinador de todas las sublimes fecundaciones, el áureo sol, el padre sol de Castilla.

ooo

Sobre la recia cresta de una colina que avanza sobre el llano como un centinela de la ingente sierra que corta el fondo del paisaje, elevase un castillo que es fortaleza del dominio y señor del caserío. Sus murallones, sus torres y atalayas, son recios y hoscos, tal como el espíritu de la altiva castellana que lo mora. Y es esta dama feudal tan limpia de estirpe y tan severa de virtudes, que alma de varón dijérase regir en ella si su hermosura brava, no por tal menos completa, no hubiese creado leyendas y trovas de amadores y poetas que sintieron, por una sola vez, la alucinadora mirada de sus ojos; que si en calma tenían el embrujamiento de un bebedi-

zo, cuando la cólera agitaba el sombrío abismo de sus pupilas, decíase, por ser de todos sabido, nobles y plebeyos—que todos por igual eran sus vasallos—que relucían tan bravos y acometedores como los de una leona que siente su cubil invadido por la planta enemiga de otras fieras.

Y cuenta la leyenda que aún hoy se repite con unción de conseja, por labios temblorosos y bocas desdentadas, en las negras noches de tormenta, junto al mar, ó en los riscos y canchos de la sierra en derredor de la lumbrarada que velan zagales y pastores, que la altiva castellana que un día habitó la ruinosa fortaleza de la «Loma negra» fué dama de tan esforzado temple como acabada hermosura y que uno y otra formaron en cien leguas al contorno la más gallarda historia de hembra de Castilla que por virtud, fiereza y hermosura alcanzase el honor de perpetuar su memoria en tan esquivo y severo lugar de rancias gallardías cual es la árida y parda llanada castellana.

Cuenta la historia de los días lejanos en que vivió la austera castellana, cuya memoria enriqueció la leyenda con sus galas de místico fervor, que la hembra que un día reinara sobre el extenso feudo, del que desde la alta atalaya de su recio castillo no se abarcaba el límite, si fué en vida ejemplo de noble altivez y esforzado temple y virtud que mereciera de sus feudatarios el gallardo mote de «Leona de Castilla», en la hora de su muerte, que de ella fué elegida para ni en ese instante desmentir su temple y en pleno favor de juventud, dió término á la breve jornada de sus días cuando más regía y gallarda era su fiera hermosura de treinta años.

Y cuenta la leyenda, por boca de esas viejas desdentadas y rugosas como los añosos tron-

cos de encina que crepitan en el llar, junto al que sus sarmentosas manos hilan y tiemblan, ó en los bravíos riscos y canchos de la abrupta sierra, donde zagales y pastores en pláticas de gañanía relatan añejos romances é ingenuas consejas, que la antigua castellana que habitó la feudal fortaleza de la «Loma negra» rindió su vida á la muerte antes de sufrir la humillación de ver sus mesnadas vencidas y su castillo deshonrado por la planta de un vencedor, que también de fiero orgullo é indomable temple quiso con el conquistar amor; y fué la loca apuesta, que era afrenta á la rígida virtud de la brava castellana, juramento de que en el recato de su más íntimo aposento, donde ningún hombre nacido hasta tal fecha hubo penetrado, el vencedor le ofrendaría el triunfo y ya sin mengua para su orgullo declararíase vencido por amor.

Y dice la leyenda que, aun cuando en los dos allivos y esforzados corazones de hembra y varón habíase cobijado un mutuo amor, por el pecado de orgullo que á ambos les endurecía el temple de sus espíritus, no pudo lograrse que el vencedor ofrendara su triunfo, pues que el vencido lo venció con su propia muerte. Y cuando la planta audaz del orgulloso guerrero holló la estancia íntima de la altiva castellana, el tumulto femenino que guardaban cuatro hachones de empenachados pábilos movidos por el viento, devolvieron la afrenta al osado caballero agitando las negras cimeras de sus llamas con la cólera postrera que aún guardaban las frías pupilas de la hembra que en vida conquistara el mote de «Leona de Castilla».

.....
Tal dice la vieja leyenda.